EL COJO ILUSTRADO

Año I — 15 DE ABRIL DE 1892 — Nº 8

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—SECCIÓN BIOGRÁFICA, *J. A. Pérez Bonalde*.—NUESTROS GRABADOS.—*Parábola sobre el amor fraternal*, por Benjamín Franklin.—*Un album fotográfico*, por E. Legouvé, traducido del francés para EL COJO ILUSTRADO.—*El Osario*, traducido del francés para EL COJO ILUSTRADO, por M. Picher.—*Acuarela*, por M. V. Romero García.—*El Cuervo*, poesía de Edgar Poe, traducción de J. A. Pérez Bonalde.—*Matapalo y Bucare*, por el Dr. Arístides Rojas.—*Cristo*, poesía de Francisco Guaicaipuro Pardo.—*Beneficio del café*, por un colaborador.—*Su cara mitad*, novela escrita en inglés por F. Barret, traducida por Francisco Sellén.—*Geroglifico, soluciones, charada*.—SECCIÓN ENCICLOPÉDICA.

GRABADOS.—*J. A. Pérez Bonalde*, dibujo al lápiz.—*La Dolorosa*, copia del cuadro de Guido Reni.—*La Santa Faz*, copia de cuadro.—*El Moribundo*, copia de la escultura de Butti.—*Una vista de Caracas*, de fotografía.—*Independencia*, dibujo al lápiz (copia de escultura).—*Calle del comercio* (Maracaibo), de fotografía.—*Matapalo y Bucare*, dibujo al lápiz por J. Amy.—*Aduana de La Guaira*, copia de fotografía.—*Dos patios de café*, de fotografías.—*Derrumbe en el camino del ferrocarril de La Guaira*, de fotografía.—MUSICA.—*El Populo meus*, por J. A. Lamas.—*Geroglifico*, dibujo á la pluma por una señorita valenciana.



J. A. PEREZ BONALDE

SECCION BIOGRAFICA

J. A. PÉREZ BONALDE

Al escribir el nombre del egregio vate se nos ocurre pensar que, dada la general manía entre nosotros de ensalzar á destajo y sin límites á cualquier mediano escritorzuelo, y consagrarle como *genio* de buenas á primeras, nos asiste hoy derecho, ya que vamos á ocuparnos de un hombre de verdadero mérito, á forzar hasta que reviente la bomba de los encomios altisonantes, para que no venga muy á menos quien como PÉREZ BONALDE es merecedor á los dictámenes de mayor alteza. Y así, aunque temerosos de aparecer bombásticos en extremo, y en atención á lo que acabamos de asentar, declaramos con franqueza que, á nuestro juicio, es acreedor este poeta á que se le celebre como grande entre los grandes, pues posée todos los títulos que para ello se requiere, tanto por sus cualidades de inteligencia y sabiduría, como porque puede ostentar como el que más, estro innato y profunda ciencia. Expresado esto, digamos algo de nuestro ilustre compatriota.

PÉREZ BONALDE no debe su posición sino á sí mismo, pues sin más guía ni apoyo que su gran cerebro y voluntad titánica, llegó á la cúspide que pocos, muy pocos conquistaron, ni aún valiéndose de malas artes y de medios ruines. Y sea de notarse que su gloria no se halla reducida á los estrechos límites de su patria, sino que se extiende y brilla donde quiera que se conoce la lengua castellana, y anda su nombre de boca en boca entre aquellos que en España son hoy cifra y norma del idioma de nuestros padres. [1]

PÉREZ BONALDE escribió versos desde muy niño y, si mal no recordamos, fue en la sátira política donde primero se ejercitó su numen. Dedicóse en la adolescencia al conocimiento de las lenguas clásicas y de las vivas, y al estudio de la música. En el primer género de ejercicio ha llegado á ser poligloto consumado, profundo latinista; y aunque abandonó hace muchos años la práctica del segundo, posée con profundidad los secretos del divino arte, como de ello dió prueba en su admirable ensayo acerca de Wagner con ocasión de la muerte del célebre reformador musical.

En el año de 1870, por circunstancias políticas y por el vivo deseo que sentía de adaptarse á medio más cónsono con sus aptitudes y talentos, se fué á la ciudad de Nueva York donde residió hasta hace poco. En aquella metrópoli llegó á ser uno de los primeros empleados de una célebre casa comercial, donde su laboriosidad é inteligencia le merecieron el aprecio y consideración de sus superiores.

No es PÉREZ BONALDE el único ejemplo de artista que para llenar sus necesidades materiales se ve precisado á gastar sus fuerzas en trabajo de tan diversa índole, con respecto á sus naturales aptitudes, como lo es el comercio; y no es pequeña la lucha de quien como él vive forzado á maldecir á diario aquellas interminables columnas de pesos y centavos que por fas ó por nefas han de dar un resultado que, si bien representa un beneficio para el amo, aniquila por otra parte las células pensantes del esclavo. Luctuosa lucha de que sólo se dan cuenta los mártires que libran la batalla, condenados siempre á dejar empapado el campo de combate con la inapreciable sangre de su espíritu. Mas no hay trabajo duro ni mortal faena para quien posee voluntad férrea y tenaz empeño; y así en PÉREZ BONALDE que, haciendo de la noche día, escuchaba siempre el canto de la alondra en los brazos de Minerva, y confortado más y más de la adquirida ciencia descendía con mayor ímpetu á la arena del trabajo.

Da espanto pensar cuanta bella obra artística se ha perdido por la necesidad de alimentarse; mas ¡quién sabe si el cerebro necesita para producir, del constante acicate de esa lucha cuerpo á cuerpo con las faenas materiales, y si no vendría la atrofia del pensamiento con la plena satisfacción de todos los deseos!

[1] En Madrid tuvimos ocasión de oir las más encomiásticas alabanzas de PÉREZ BONALDE, en labios nada menos que de personas como Valera y Menéndez Pelayo, y, sin embargo, hay en nuestra patria quien . . . . pero más vale no echar propias miserias á la calle.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que en medio de ese constante batallar fue como PÉREZ BONALDE pasó los mejores años de su vida, nutriendo su cerebro de cuanto grande y bello ha producido el pensamiento humano. Nunca fue nuestro poeta de aquellos que, más presuntuosos mientras más ignaros, reducen su esfera de conocimientos á aprender de memoria los clásicos del siglo de oro, para mal imitarles en seguida; ni de los que van á buscar la perfección en los necios apotegmas de los tratados de Retórica y Poética; sino que sintiendo con la presencia del genio que en la naturaleza, y sólo en ella, se contienen las reglas y ejemplos todos de la belleza estética, unió siempre á sus estudios literarios los de las ciencias naturales y sociales, siendo por esa gimnasia que en su poesía vive en perfecta armonía con dicción pura y sentimiento de suma delicadeza el timbre de pensador científico que es el elemento indispensable en quien ha de llevar hoy con honra y con justicia el título de poeta contemporáneo.

Y con efecto, PÉREZ BONALDE no desconoce uno sólo de los grandes problemas científicos y sociales que hoy existen, y conversar con él es recibir de contínuo sabia lección. Con suma frecuencia le oímos departir acerca de las materias más variadas; unas veces destruye un dogma con los dictados de la antropología; otras niega el libre albedrío, basándose en los descubrimientos de la fisiología del espíritu; hoy apoya con la historia de todas las edades el axioma político de la superioridad del individuo con relación al Estado; mañana desprecia con sobra de justicia aquellos que pasan su vida y gastan fuerzas en disquisiciones ridículas acerca de si vale más en poesía la *forma* que el *fondo;* y siempre y en todo se muestra en sus diálogos, como en sus producciones, campeón decidido del libre pensamiento.

Impertinente sería hablar de las obras ya publicadas de PÉREZ BONALDE, pues que todo el mundo las lee de contínuo y las admira. Su libro *Ritmos* posee belleza de primer orden; tal su inmortal *Vuelta á la Patria*, poema líririco que no tiene defectos sino que siempre será dechado de perfección; su poema á *El Niágara*, himno levantadísimo y digno en todo de una de las más excelsas obras de la naturaleza; y así cien otras poesías que todos sabemos de memoria.

Su *Cancionero* (traducción de Heine) ha merecido del egregio Menéndez Pelayo, tan parco en elogios, los siguientes que figuran en la carta prólogo de la obra, y que le consagra como grande para todas las edades. Dice el ilustre literato español: "Acepto con profunda gratitud tal muestra de generosa amistad (la dedicatoria que le hace PÉREZ BONALDE de *El Cancionero*) por mucho que me ruborice ver escrito mi oscuro nombre en la primera página del monumento más insigne que hasta ahora han dedicado las letras castellanas al último gran poeta que hemos alcanzado en nuestro siglo" . . . . . "esta obra del *Cancionero*, no por estar dedicada á mí deja de ser una de las empresas más meritorias y difíciles que pueden acometerse en nuestra moderna literatura, y al mismo tiempo uno de los libros de poesía castellana que más instinto poético demuestran, aun siendo traslado de pensamientos agenos" . . . Y así sigue todo la carta de Menéndez Pelayo que parece dedicada á los nadies que de cuando en cuando hincan el diente á quien de rodillas debían adorar.

En seguida de *El Cancionero* vino la traducción de la intraducible pesadilla de Edgard Poe, *El Cuervo*, que hoy publicamos para que gocen los lectores de la propiedad y belleza con que se halla traducida dicha obra. Lástima grande que no hubiera palabra española que encerrase el sentido onomatopéyico del *more* que tanto realce presta al tono general de la composición inglesa. Al *Cuervo* siguió una joya poética: *Venus Victrix*, cuya forma y dicción tienen sabor helénico y es profunda en ideas y conceptos.

Pero hemos de confesar que lo publicado hasta hoy no es todo lo que da idea completa del poderoso numen de PÉREZ BONALDE. Son sus obras inéditas las que han de contribuir más á la vida eterna del nombre de nuestro poeta.

Para no citar sino las principales anotarémos las de mayor importancia:

[1] Su traducción directa *en exámetros* del poema de Lucrecio: *De rerum natura.*

[2] Libro de viajes, en que se hallan tratadas todas las cuestiones de diverso linaje con que se ocupa la humanidad, y escritas *sur place*, como por hombre que conoce el mundo de polo á polo.

[3] Estudio sobre Maquiavelo, obra original y atrevidísima después que Macaulay escribió su magistral estudio acerca del célebre florentino y Villari su libro que es cifra y compendio de cuanto se ha dicho en la materia.

[4] Tres volúmenes de poesías ya del todo listos para darse á la imprenta.

[5] Artículos polémicos y estudios críticos en que con juicio imparcial y sereno convierte el autor en cenizas á mucha usurpada gloria y á falsas reputaciones.

Y un sin número más de composiciones de toda suerte que nacen á raudales de la gran imaginación y cerebro fecundísimo de PÉREZ BONALDE.

Quien hoy vive entre nosotros decaído de ánimos y esperando mano amiga que saque del limbo en que yacen todas sus obras inéditas, que bien merecen para honra de la patria la decidida y efectiva protección de nuestros gobiernos y del público venezolano.

No hay para qué pintar los rasgos fisonómicos de PÉREZ BONALDE ya que todos le conocen; pero sí es pertinente ensalzar como se merecen la simpatía de su persona y poner por las nubes su cualidad de orador innato y de gran *causseur* y su increíble facilidad como repentista. Como acontece á los que han manejado mucho la rima y son poetas de nacimiento, es muy frecuente notar en él á cada paso que de sus labios brotan sin darse cuenta los endecasílabos, heptasílabos, y aún cuartetas enteras. En uno de sus días de mayor tristeza recordamos que improvisó casi sin saberlo la siguiente estrofa que inmediatamente anotamos y trascribimos en seguida:

No es cierto que una noche de agonía
Torna blanco el cabello.
Hoy apenas el sol brilló en mi estancia,
Corrí ansioso al espejo . . . . . .
Y ví sólo el semblante de un anciano
Con los cabellos negros! . . . . . .

Terminémos estos desaliñados apuntes reproduciendo la estrofa final de una de sus composiciones sueltas más celebradas, y que habíamos olvidado mencionar. Nos referimos á su bello canto *Héroes del Deber*, escrito con motivo de la entrada á Nueva York de los restos de los exploradores del Polo Norte, al mando del heróico teniente De Long.

¡Oh, de la ciencia augustos campeones!
De esa alma religión de religiones
Sois sacerdotes santos
Ungidos con el óleo del martirio
Y yo, creyente fiel.—Vayan mis cantos
Como el humilde cirio
Que al milagroso altar lleva el romero,
A confundirse en la apoteósis grata
En que hoy su eterna admiración retrata
Por vuestro intento generoso el sabio,
Por vuestra alta lección el orbe entero!
Con reverente labio
Beso la tumba que involucra el cierto
Dogma sublime del deber cumplido,
Y hasta caer rendido,
Al fin del viaje, en el sepulcro yerto,
Dos grandes cuadros llenarán mi mente:
Job en su muladar, triste y paciente,
Y vosotros, sin vida, en el desierto!

Perdón pedimos al ilustre compatriota por la reseña tan menguada que de su personalidad poética hemos escrito, y ponemos á sus órdenes las columnas de EL COJO ILUSTRADO.

NUESTROS GRABADOS

J. A. Pérez Bonalde

El señor J. M. Herrera Irigoyen, condueño de la EMPRESA EL COJO, y como tal editor de este periódico, es á la vez dibujante correcto, como de ello da prueba el original del retrato de PÉREZ BONALDE, que figura en la primera página de este número, y otros dibujos que de él llevamos ya publicados. Que no se hiera su modestia al leer esto, pues, no es más que justicia á secas y expresión de gratitud de la dirección del periódico.

La Dolorosa

[DE GUIDO RENI]

Sale este número el mismo día en que celebra el catolicismo la muerte del Redentor del mundo; y EL COJO ILUSTRADO se coplace en obsequiar á sus lectoras con la copia del célebre cuadro de Guido Reni.

La Santa Faz

Reproducimos hoy una copia de este cuadro célebre, no sólo por pertenecer á uno de los grandes pintores de España, sino también por el fenómeno óptico que él produce. Al fijar la vista con insistencia por algún tiempo sobre el rostro, aparecen como abiertos los ojos de Jesús.

El moribundo

La escultura de Butti es célebre, y como se vé por nuestro *cliché* ha de merecer la fama que se le dá; pues sus líneas, sus detalles, todo su conjunto manifiestan talento de observación maravilloso, y precisión de maestro.

Calle del comercio (en Maracaibo)

Después de la vista que publicamos de la Plaza de San Francisco de la misma ciudad, es justo que reproduzcamos hoy su calle de mayor animación é importancia.

Independencia

Como la fecha de la salida de este número corresponde casi con la del día clásico de nuestra independencia, publicamos la bella alegoría que representa este grabado y que siempre será tema que despierte en los corazones así el recuerdo de la lucha magna y de nuestra gratitud por sus héroes, como debe igualmente alimentar más y más el odio santo á las cadenas de todo linaje, y darnos fuerzas y decisión para destruirlas, si la oportunidad se presentara.

Una vista de Caracas

[TOMADA DE LO ALTO]

Servirá la publicación de este grabado de proemio á una vista interesantísima de nuestra capital en tiempos de la Colonia, cuyo dibujo debemos á la ejercitada pluma de nuestro colaborador RUGIL, y que imprimirémos acompañada de un estudio acerca de Caracas del mismo amigo y como de él bellísimo.

El árbol Matapalo extrangulando á un Bucare

El grabado que publicamos hoy es tomado de un dibujo original ejecutado por el señor J. Amy, expresamente para EL COJO ILUSTRADO, en la hacienda que fue del señor Vicente Egui, en Los Dos Caminos. Véase el notable artículo de nuestro colaborador Arístides Rojas. Es la oportunidad de dar nuestras cumplidas gracias al señor Dr. José M. Ruiz, que nos guió bondadosamente al lugar en que se tomó la copia.

Patios de café

Los que publicamos pertenecen á dos muy buenas fincas de las cercanías de Caracas: haciendas de *La Floresta* y *San José*. De las múltiples operaciones que hay que practicar con el sabroso fruto, la de su asoleo es la última y no menos importante y requiere grandes extensiones de terreno para ser beneficiado convenientemente. Véase la reseña sobre el mismo asunto que en otro lugar publicamos.

Aduana de La Guaira

Casi á orillas de la mar se halla fabricado este edificio que es el primero que alcanzamos á ver cuando de regreso de un viaje llegamos anhelosos al regazo de la querida patria. La casa Aduana, como del primer puerto de la República, es digna del laborioso pueblo guaireño, y hoy está servida por honorables personas que, lejos de ser traba al comercio, le prestan por su rectitud todo género de garantías.

Derrumbe en el camino del ferrocarril de La Guaira á Caracas

El grabado que damos hoy á nuestros lectores es tomado de una fotografía que fué sacada en momentos en que una cuadrilla de obreros se ocupaba de desembarazar el camino de un gran peñasco desprendido del cerro. En el paso peligroso de Boquerón, que ya hemos publicado, una enorme peña amenaza el puente que se halla á la entrada del túnel. Los trenes se detienen allí á algunos metros de distancia, y los pasajeros por precaución atraviesan á pie el paso peligroso, pues se teme que la trepidación pueda acelerar el desprendimiento de la gran mole.

El populo meus

Como un homenaje á su inspirado autor, nuestro compatriota el señor José Angel Lamas y un obsequio valioso para nuestros abonados, publicamos hoy esta notable composición, que se oye con placer y recogimiento hace ya más de noventa años.

Geroglífico de una señorita valenciana

Con honra y placer publicamos hoy el geroglífico que recibimos por correo y de una anónima lectora de EL COJO ILUSTRADO.

La carta que lo acompaña está llena de belleza femenil y delicadezas que agradecemos y aplaudimos. Nos agrada el misterio que envuelve el obsequio, pero la curiosidad nos mueve á suplicar á la autora nos revele su nombre, pues estampándolo en el periódico, recibirémos honra y cumplirémos el grato deber de hacer justicia al talento. De todos modos, vaya nuestra gratitud á la colaboradora anónima.



LA DOLOROSA (CUADRO DE GUIDO RENI)

PARABOLA SOBRE EL AMOR

FRATERNAL

—

En aquellos tiempos no había herreros en parte alguna de la tierra. Y los mercaderes de Madian pasaban con sus camellos, llevando especias, mirra, bálsamo y útiles de hierro.

Y Rúben compró un hacha á los mercaderes ismaelitas; y la pagó cara, porque en casa de su padre no había ninguna.

Y Simeón dijo á su hermano Rúben: te suplico me prestes el hacha. Pero Rúben se negó y no quiso.

Y Leví le dijo también: Hermano mio, préstame el hacha; y Rúben se negó del mismo modo.

Entonces Judá se dirigió á Rúben y se la pidió de este modo: tú me amas y yo te he amado siempre, no me niegues que me sirva del hacha.

Pero Rúben le volvió la espalda, negándosela como á los demás.

Ahora bien, sucedió que estando Rúben cortando leña á la orilla del río, el hacha le cayó en el agua y no pudo hallarla.

Simeón, Leví y Judá habían enviado un mensajero con dinero al país de los ismaelitas, y cada uno había comprado un hacha.

Entonces Rúben, dirigiéndose á Simeón, le dijo: ¡Ay! he perdido el hacha, y mi trabajo ha quedado á medio hacer; te suplico me prestes la tuya.

Y Simeón le respondió: Tú no quisiste prestarme la tuya; tampoco yo te prestaré la mía.

Entonces Rúben fue á donde estaba Leví y le dijo: Hermano mío, ya sabes la pérdida que he tenido y la posición en que me hallo: ten la bondad de prestarme el hacha.

Y Leví le recordó su mala acción diciéndole: Tú no quisiste prestarme tu hacha cuando la necesitaba; pero yo quiero ser mejor que tú, y te prestaré la mía.

Y Rúben se resintió de la represión de Leví, y lleno de confusión, se alejó de él, y no tomó el hacha; pero fue en busca de su hermano Judá.

Y cuando llegó á su presencia, Judá conoció, por su turbación, que estaba descontento y avergonzado: Hermano mío, le dijo, sé lo que has perdido; ¿pero para qué afligirte? ¡Vamos! ¿No tengo yo un hacha que puede servirnos á entrambos? Te suplico la tomes y hagas uso de ella como si fuese la tuya propia.

Y Rúben se arrojó á su cuello, y le abrazó llorando, y le dijo: Tu indulgencia es grande; tu bondad en olvidar mis faltas es aún mayor; tú eres verdaderamente mi hermanano, y puedes contar con que te amaré mientras viva.

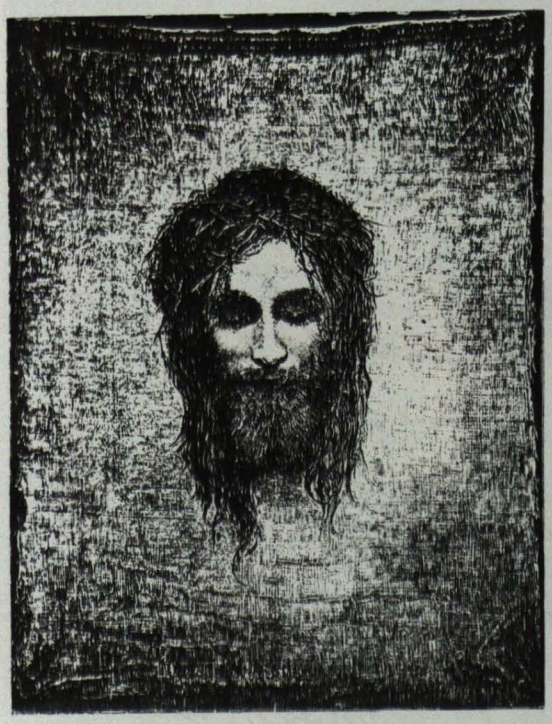
Y Judá le dijo: Amémos también á nuestros hermanos; ¿no somos todos de la misma sangre?

Y José vió todas estas cosas y las contó á su padre Jacob.

Y Jacob dijo: Rúben ha obrado mal; pero se ha arrepentido. Simeón tampoco ha obrado bien; y Leví no es enteramente irreprehensible.

Pero el corazón de Judá es el de un príncipe. Judá tiene el alma de un rey. Sus hijos se postrarán delante de él, y reinará sobre sus hermanos.

BENJAMÍN FRANKLIN.



LA SANTA FAZ

UN ÁLBUM FOTOGRÁFICO

POR E. LEGOUVÉ

DE LA ACADEMIA FRANCESA

Traducido expresamente para EL COJO ILUSTRADO

Están á la moda las colecciones fotográficas. No conozco ninguna sala que no tenga la suya y cada una de ellas es á la vez el retrato de los que allí figuran y el del coleccionador.

Uno de estos albums que vino á mis manos recientemente me impresionó por su carácter particular, y me inspiró la idea de estudiar este maravilloso descubrimiento que se relaciona con el arte y la ciencia, con la historia y la familia; que ha sido creado tanto para los seres oscuros como para los más encumbrados personajes y que responde á uno de los más vivos placeres de nuestro espíritu, como á una de las más profundas necesidades de nuestro corazón.

Mme. de Staël murió conversando. Hacía muchos días que sus parientes, viendo llegar el desenlace fatal, querían alejar las visitas de su lecho de agonía. «Dejadles, dejadles entrar, decía con voz febril: tengo sed del rostro humano!» Esta profunda y casi terrible frase, expresa una de las más ardientes pasiones de nuestra época: todos tenemos sed del rostro humano. Deteneos casa de los mercaderes de estampas; ved la multitud que se apiña delante de las vidrieras de exposiciones fotográficas; y observad su atención investigadora.

Ya sea la imagen expuesta la de un criminal ó de un hombre de genio; la de una actriz ó la de un general; la de un soberano ó la de un poeta, nótase siempre el mismo interés en interrogar su frente, sus ojos, su fisonomía. ¿Es esto pura curiosidad, simple deseo de distracción, ú ociosidad frívola? No. Hay algo más que el placer de mirar en este insaciable ardor de miradas; hay una necesidad íntima y característica de la inteligencia moderna; tenemos sed del rostro humano, porque tenemos sed del alma humana.

Nuestra época, en efecto, no es una época de imaginación y poesía; sólo la realidad interesa profundamente. En la ciencia, el tiempo de los sistemas ha pasado, y ha llegado el reinado de los experimentos directos. En la historia pedimos la verdad absoluta; queremos que el historiador conozca y diga de los grandes hombres tanto como pudieran hacerlo sus camareros; en el teatro, el medio más seguro de obtener éxito es contar en la noche al público lo que se ha visto y oído en la mañana; poco importa que sea feo lo visto, y doloroso lo que se ha oído; le agradará, si ello es: el amargo placer de aseverar la existencia de un vicio; ó de otra parte el consuelo de verlo y aun de tenerlo.

Por ello fue el inmenso éxito de Balzac. Nadie ha descorrido más el velo de las fealdades humanas; nadie ha sondeado más profundamente en el alma para no encontrar amenudo sino monstruos; y nadie ha inspirado tantas simpatías y admiraciones. Cosa extraña! cuanto más nos desespera tanto más nos atrae! ¿Por qué? Porque mientras más desconsolador es, tanto más verdadero lo creemos, y satisface así el gusto dominante de nuestro espíritu y nuestra más querida pretensión: el conocer las cosas á fondo, y no ser cándidos.

Esta doble disposición explica nuestra pasión por las fotografías de personajes célebres; no nos basta saber lo que han hecho, queremos conocer lo que ellos son.

¿Qué nos informará?

¿Será su reputación? La fama tiene cien bocas para mentir de otras tantas maneras diferentes. ¿Serán las obras de los poetas y los pintores? Los artistas no ponen en sus obras sino lo mejor que tienen; y á veces lo contrario de lo que son. He conocido un pintor, célebre por la furia de sus batallas, que es la prudencia personificada; gastaba tanto valor en sus cuadros que no no le quedaba ninguno más para la vida privada. En fin, ¿habrémos de juzgar á los hombres de acción por sus acciones? Nada más inseguro. Valemos casi siempre mucho más ó mucho menos que nuestras obras.

Hay gran número de culpables que son menos criminales que sus crímenes; y hay muy pocos héroes que sean tan heroicos como sus hazañas.

Si penetrásemos en el fondo del corazón de donde parte tal hecho vituperable ó admirable, nos espantaríamos de la diferencia que existe entre el acto y el actor, entre el árbol y sus frutos. Las circunstancias que le rodean, el momento, los móviles secretos, la yerba tierna, ó la yerba dura tienen tan gran parte en nuestras acciones, que nosotros mismos no estamos representados sino por una mitad; tenemos todos los sucesos por colaboradores anónimos. Y bien! cuál es la parte precisa que pertenece á los hombres célebres en sus actos; qué relación ó qué proporción existe entre lo que han hecho y lo que son; he aquí lo que nos importa aclarar y preguntamos á su imagen; citamos á nuestra presencia el rostro humano como el último testigo! testigo que no lo dice todo, pero que dice lo que nadie puede decir; testigo en pro y en contra que agrava, atenúa, completa ó ratifica los otros testimonios; testigo, en fin, facilitado por Dios mismo, y que, si se le consulta con circunspección, miente poco y raramente engaña: en general, se tiene la cara que se merece.

Esta idea que yo no asiento como una verdad absoluta porque muchos podrían protestar, ha servido como punto de partida á una nueva escuela histórica. M. Ampere, uno de los talentos más ingeniosos y fecundos de este tiempo, en su bello libro *l'Histoire ramaine à Rome*, y, después de él, M. Beulé en sus vigorosos y originales estudios sobre la antigüedad, han hecho un apéndice á los *Annales* de Tacite, sobre las estatuas y los bustos romanos; han preguntado sus secretos á los retratos de los Césares, y el mármol les reveló lo que el mismo genio no les habría enseñado sino á medias. Y qué sería ello, si, en lugar de estas imágenes más ó menos alteradas por la adulación ó incapacidad de los artistas, tuviéramos delante la persona misma, tal como la creó la naturaleza? Qué claridad tan súbita se arrojaría á la historia, si cada siglo reapareciese á nuestra vista con el cortejo vivo de seres sublimes y perversos, terribles ó encantadores que lo han ensangrentado, encantado ó inmortalizado! Que fuente tan fecunda de instrucción y de placer, si todos pudiéramos con el estudio del pasado, tener en nuestra mesa, en nuestras manos, á nuestra vista, al lado de cada hecho histórico, el rostro de su factor.

Y bien! he aquí lo que nos dará de hoy más la fotografía, y que ha ensayado y realizado en parte, para la presente época, el álbum de que hemos hablado.

El que lo arregló no es, sinembargo, ni sabio, ni historiador, ni moralista, y su colección no se parece en nada á una galería metódica y completa de las grandes ilustraciones contemporáneas. Hombre de mundo, hombre de talento, aficionado decidido á lo que en la actualidad es picante, ha procurado expresar con esta recopilación de retratos, la fisonomía del instante fugitivo en que vivimos.

El ha recogido en la *Flore parisienne*, pues es más bien un álbum parisiense, un número de. . . de qué? de glorias? Oh! nó! la palabra es demasiado grande para el caso. Tales ó cuales personajes que figuran allí á título de ilustraciones no serán, acaso pronto, sino reputaciones, en algunos meses celebridades, y un poco más tarde, *notoriedades*, y acabarán, me lo temo, por ser anónimos. No importa! El álbum es por ello más curioso y el contraste más picante. Un hombre de Estado hace vis á vis á una cantatriz. Un Soberano formando pareja con un tenor. Un ministro sonriendo al que habrá de sucederle. En frente de un bello busto de inmortal poeta, brilla la efímera belleza de una mujer de mundo, y lo que hay de fugitivo en su reinado de un día aumenta la gracia de la colección; las estrellas fugaces no son, como se sabe, las que hacen menos efecto en el cielo.

Recorriendo todos estos retratos se me ocurrió una reflexión. Me dije: Esa gente está más parecida de lo que ellos mismos se imaginan; han contribuido, sin duda, á su propia semejanza, siendo á la vez modelos y pintores. Más de uno, seguro estoy de ello, al sentarse en su silla fotográfica, ha tomado su posición preferida, y formado su fisonomía predilecta; la que exprese no lo que es sino lo que se cree ser. He aquí uno por ejemplo, que sonríe con finura; es evidente que se cree muy espiritual. Ese otro con sus ojos elevados al cielo y su cabellera tempestuosa, pertenece á la clase de los poetas inspirados. Me sorprendería si este personaje que nos mira de frente, con sus ojos profundos como si quisiese traspasarnos, no se dijera por lo bajo: "Qué mirada de águila es la mía! Nada se me escapa." En fin, en cuanto á este joven legislador que lleva con un talante tan elevado su milésima parte de soberanía, es evidente que una vez en la tribuna no habrá medio de hacerlo bajar; cierto estoy que de la altura de sus veinticinco años amonesta á los hombres de Estado; que no pronuncia jamás la palabra *política* sin poner tres *p* delante, y que inaugura en el lugar y sitio de la raza extinguida de pequeños arruinados, la dinastía naciente de los engreídos.

Estas observaciones se resumen en una palabra: La fotografía es á un mismo tiempo el retrato de nuestra figura y el de nuestra presunción. Resulta de ello que yo miro como *cosa natural* el hacerse fotografiar de tiempo en tiempo. Una buena fotografía equivale á un examen de conciencia. Ella pone á vuestra vista más de un secreto reservado cuya confesión no os atreveríais á haceros vos mismo; os echa en cara brutalmente vuestra edad. Qué hombre de cincuenta años, de sesenta, si queréis, por poco sincero que sea, no se ha dicho por lo bajo en presencia de su fotografía: cielos! que viejo estoy! Cómo! todas esas arrugas son mías! Esa cara triste y fatigada, es la del Señor á quien yo hago la barba todos los días! Es increíble! Y se queda uno estupefacto! Estupefacción que aumenta á veces de un modo desagradable cuando al llevar esta fotografía á algún amigo . . . le oís decir: "Oh! que buena es! Estais exacto! He aquí un retrato que se os parece." Gracias! Uno tiene por conveniente creerse sensato y filósofo, y por bello el arrancar de su corazón, con sinceridad, sus ilusiones de amor propio, como el jardinero quita las malas yerbas de su jardín; pero siempre lleva uno en su interior,



EL MORIBUNDO

su propio retrato mucho más bello que la realidad, Allí no hay registros del estado civil, ni partidas de bautismo; siempre se cree uno joven. Se os viene á la mano un buen libro y os entusiasma como á los veinticinco años: os creéis de veinticinco! Una relación conmovedora os arranca lágrimas; una cara simpática al pasar os encanta como á los veinticinco años; sí! os creeis de su edad! Estoy seguro de que los ancianos de Troya al alzarse delante de Helena esclamaron: "¡Qué bella es!" y no se acordaron de su edad! se creían jóvenes! y lo eran . . . en su interior. En su interior, sí, pero exteriormente? Oh! creedme todos vosotros, mis contemporáneos, mis mayores, y aun mis menores de algunos años; haceos fotografiar! Si sentís que asoma en vosotros algún rasgo de vanidad, algún arranque de presunción, sea presunción de fuerza, ó de éxito, de gracia ó de salud, haceos fotografiar! sí! haceos fotografiar! Hay grandes predicadores en el mundo, pero ninguno os repetirá tan àlto el *Solve senescentem* de Horacio, ninguno os dirá con tanta dureza: "Eh! buen hombre, desengáñese, corte la espuma de su copa, renuncie el ser brillante y conténtese con ser bueno, útil y humano! Eso es de todas las edades. La vejez tiene su misión que no es la de falsificar la juventud, sino la de amarla y hacerse estimar de ella. La vejez puede tener su gracia, pero una gracia seria, y sobre todo desinteresada. La juventud es más ó menos usurera; su amabilidad, su elegancia, su alegría misma tienen algo de imposiciones á interés; quiere que sus sonrisas le reporten ventajas. Que el anciano haga precisamente lo contrario; no le está prohibido el agradar á los demás; sino á condición de no pensar en sí mismo. Que tome por modelo el encantador Ariste de *l' Ecóle des maris* de Molière, que es amable, gracioso, sonriente, y aun galante, pero no ridículo, ¿Porqué? porque da todo sin pedir nada." He ahí lo que me ha dicho ese álbum fotográfico; consejos que son muy buenos ciertamente; pero él también necesita de algunos avisos: cuando se dice sinceramente la verdad á los demás, es necesario permitir que se nos diga también. La fotografía tiene un gran defecto, como todos los retratistas: desfigura amenudo la faz que reproduce; conozco más de una fotografía que es una calumnia. Desde luego, que hay fisonomías antifotográficas, modelos cuyo parecido no logra el sol jamás. ¿Por qué? Se podría quizá dar algunas razones científicas, pero la principal es que la fotografía no nos reproduce sino inmóviles, condenados á la inmovilidad, y de consiguiente más ó menos desfigurados por la contracción. Poco importa que la reproducción material de los rasgos sea exacta, nuestra faz no está del todo en la armazón huesosa, sino también en la fisonomía, en el fuego de movimiento de nuestro corazón y de nuestro espíritu, en ese *interior*, en fin, del cual hablaba hace poco, y que demuestra algo en el exterior, cuando hace brillar nuestros ojos, cuando hace contraer nuestros labios, inflar nuestras narices, alzar nuestras carnes, y cuando extiende en nuestros rasgos el fuego de la cólera, el brillo de la alegría, la luz de la inteligencia ó del alma. Todo ello somos nosotros también. ¿Y qué se hace todo eso en la fotografía? En qué se convierte un hombre de imaginación, por ejemplo, cuando la fotografía le lanza el horrendo *No os movais*. No os movais! A esta sola palabra las líneas se endurecen, las miradas se turban, los ojos lloran; la sangre os hace palpitar el corazón y afluye al cerebro con violencia; no sois el mismo: es necesario, pues, no aceptar la fotografía sino á beneficio de inventario; ella abusa de nosotros á veces por su misma exactitud. Así advertí en este álbum el retrato de un ilustre octogenario de nuestro tiempo; este retrato es una obra maestra, pero una obra maestra engañadora. Su frente rodeada de arrugas, sus mejillas hundidas, sus labios deprimidos, sus ojos cubiertos por los párpados, formando sin duda una imagen admirable de verdad; pero verdad completamente material, esterior, y que de consiguiente no es sino la mitad de la verdad. Reproducir la vejez del rostro humano, como si este fuera un monumento, es alterarlo. Los que vieron y oyeron conversar á este viejo ilustre saben que hay otro *él* que no es el del retrato, un *él* lleno de fuego, de vida, de gracia misma, y de cuyo rostro se escapan quince ó veinte años como por encanto, tan pronto como habla. No tengo, pues, á la vista sino un lado de su medalla, y el menos exacto: el reverso.

No quiero concluír esta conversación sobre el arte fotográfico, por un desideratum, cuando tiene tantos méritos más de los cuales nada he dicho. Cómo, por ejemplo, no hablar de ella á título de compañera de viaje? Qué maravilloso auxiliar en todas las grandes expediciones científicas! Con qué poder hace revivir á nuestros ojos en su originalidad sorprendente, los monumentos gigantescos del Oriente! Qué resurrección de pueblos desaparecidos; qué evocación de sus templos, de sus estatuas, de sus dioses, de su tierra, de su cielo, y diría casi de su sol pues el poder de las sombras revela el poder de la luz! Es por tanto otra ventaja de la fotografía que sobrepuja muy lejos á aquella y todas las que he ensalzado.

Anteriormente las invenciones científicas eran amenudo curiosidades de laboratorio, tesoros de santuario. Hoy, la primera condición de las conquistas del genio, es la de parecerse al sol y brillar por el mundo entero. La fotografía tiene este glorioso privilegio.

Lejos de odiar y apartar al profano vulgar, es para él para quien ha sido creada. Ha puesto en la portada de los más humildes esta inmensa alegría reservada en otro tiempo á las clases privilegiadas: el gozo al poseer la imagen de los seres amados. Gracias á ella, el pobre paisano que sale con el ejército, llevará en su cartuchera, no un bastón de Mariscal de Francia, pero sí lo que es más fácil y no menos dulce, el retrato de la madre á quien dejará el suyo.

Gracias á ella, no habrá una mansión humilde que no pueda poseer, como los castillos aristocráticos, su galería de retratos de familia, su colección de antepasados . . . porque, en fin, todos tenemos antepasados, y estas genealogías de plebeyos, de comerciantes, de artesanos, de obreros, no serán ni menos gloriosas ni menos útiles para sus hijos que lo era para los descendientes de la nobleza todo ese largo séquito de embajadores, generales y ministros. Si los unos representaban la raza, los otros representarán la familia. Si esta sucesión de uniformes brillantes, decoraciones relumbrantes, mantenían justos sentimientos de orgullo en el espíritu de los niños nobles, las metamorfosis graduadas de la blusa en chaqueta, de la chaqueta en casaca, de la casaca en toga de abogado ó de juez, hablarán de valor y de esperanza á los hijos de las clases oscuras.

Los unos aprenderán de sus padres cómo es que no se decae, y los otros aprenderán de los suyos cómo es que el hombre se eleva.

He dicho todo ya? Nó; la fotografía tiene un título más á nuestro reconocimiento.

Qué de padres se han hecho amenudo la triste reflexión de que en realidad perdemos nuestros hijos cada año! Aun cuando Dios nos los deje, el tiempo nos los disputa. Cada día que pasa nos roba algo de ellos, si bien los hermosea. El niño de hoy no se parece al niño de ayer y se diferenciará á su vez del niño de mañana.

Del mismo modo que se suceden las edades se devoran los unos á los otros, la adolescencia absorbe á la infancia para desaparecer aquélla luego en la juventud, de manera que, cuando nuestro hijo llega á su crecimiento, hemos perdido todo lo que ha precedido y conducido á su desarrollo; hemos perdido sus quince primeros años! Nuestra memoria por fiel que sea, no la posee sino en conjunto, el encantador día por día se nos ha escapado. Y bien! esta pérdida cruel viene á repararla la fotografía. Ella nos da lo que el tiempo nos arranca. Pidámosle cada año una imagen de nuestros hijos, y prontamente reconquistarémos esta serie de metamorfosis por las cuales han pasado; encontramos con todas sus transiciones de fisonomía, todas sus transformaciones de inteligencia y de carácter; sentimos á la vez renacer en nuestro corazón todas las alegrías, todos los temores, todas las esperanzas que nos ha dado cada una de estas crisis. No son sólo ellos los que reviven para nosotros, sino nosotros mismos los que nos sentimos revivir en presencia de su imagen, y revivimos para qué?... para ellos aún! Cada uno de estos retratos no es sólo una alegría sino también una lección. Cada una de estas imágenes nos recuerda un escollo que les hemos evitado, un defecto que les hemos combatido; este golpe de vista que abraza todo el camino que ellos han recorrido, nos enseña á guiarlos por la senda que les falta recorrer; y en fin, si Dios nos castiga con la más horrible desgracia que conocemos en la tierra, si vemos morir antes que nosotros á los que deberían ayudarnos á morir . . . y bien! al menos nos quedará el consuelo de conservar todo lo que la Providencia nos había dado en ellos. Nos es desconocido su porvenir, pero su pasado nos pertenece por entero.

. . . . . .

. . . . . .

He ahí los servicios que nos ha prestado la fotografía.

. . . . . .

. . . . . .

EL OSARIO

Traducido del francés para EL COJO ILUSTRADO

POR

M. PICHER

A propósito, recuerdo mi visita á San Miguel de Burdeos, cuyo relato os he ofrecido.

Yo acababa de salir de la iglesia, que es del siglo trece, y muy notable, sobre todo por las portadas y contiene una magnífica capilla de la Virgen, esculpida, labrada, debería decir, por los admirables figuristas de la época de Luis XII. Yo miraba la linterna de la cúpula que está al lado de la iglesia y tiene arriba un telégrafo. Esta era en otro tiempo una soberbia flecha de trescientos pies de altura y ahora no es más que una torre cuyo aspecto es de lo más extraño y original.

Para los que ignoren que el rayo cayó sobre esta flecha en 1768 y la destruyó en un incendio al propio tiempo que la armazón del techo de la iglesia, hay un problema en esa enorme torre, que á la vez parece militar y eclesiástica, ruda como una fortaleza y adornada como un campanario. Ya no hay allí tejadillo en los agujeros superiores, ni campanas, ni timbres, ni martillos de reloj.

La torre, aunque coronada todavía por un bloque de ocho palmos y ocho piñones, está destruida y tronchada en la cima: Parece decapitada y muerta. El viento y la lluvia pasan al través de sus largas ojivas sin ventanajes y sin cruceros, como al través de grandes osamentas. No es ya un campanario, sino el esqueleto de un campanario.

Encontrábame sólo en el patio, que está plantado de algunos árboles, donde se elevaba aislada esa linterna de la cúpula. Este patio es el antiguo cementerio.

Aunque algo contrariado por el sol, yo contemplaba aquellas pesadas y magníficas ruinas y trataba de leer su historia en su arquitectura y sus desgracias en sus descalabros. Ya sabéis que un edificio me interesa casi tanto como un hombre. En cierto modo es para mí una persona cuyas aventuras procuro saber.

Muy pensativo me encontraba allí, cuando de pronto, á pocos pasos de mí, oí decir: "Señor! Señor!" Miro, escucho. Nada. El patio estaba desierto. Sólo había algunos gorriones en los viejos árboles del cementerio. Sin embargo una voz me había llamado: voz débil, dulce y quebrada que aun resonaba en mis oídos.

Dí algunos pasos y volví á oir la voz que decía:

—Señor!

Esta vez me volví vivamente y percibí, en el ángulo del patio, cerca de la puerta, la cara de una vieja saliendo de una buharda. Buharda espantosamente arruinada que dejaba entrever el interior de un cuarto miserable.

Cerca de la vieja estaba un viejo.

Nada he visto en mi vida más decrépito que aquel chiribitil, sino aquella pareja. El interior de aquella ruina estaba blanqueado con ese blanco de cal que parece sudario, y no se veían allí más muebles que los dos taburetes en que estaban sentados, mirándome con sus ojitos grises, aquellos dos rostros curtidos, arrugados, mal rasgados, que estaban como embadurnados de hollín y de betún, y más bien que vestidos parecían envueltos en mortajas remendadas.

Yo no soy como Salvador Rosa que decía:

Me figuro il sepolcro in igni loco

Sin embargo, aun en pleno día, á las doce del día, bajo aquel ardiente y vivo sol, la aparición me sorprendió por un momento y creí que me oia lla-

mar desde el fondo de una cripta antidiluviana por dos espectros de cuatro mil años de edad.

Después de algunos segundos de reflexión les dí quince sueldos. Aquellos espectros eran sencillamente el portero y la portera del cementerio: Filemón y Baucis.

Filemón deslumbrado con la moneda de quince sueldos hizo una espantosa mueca de admiración y de alegría, y puso la moneda en una especie de bolsa vieja de cuero que estaba clavada á la pared, *otra injuria de los años*, como decía La Fontaine. Luego Baucis con amable sonrisa me dijo:

—¿Queréis ver el osario?

Esta palabra, *el osario*, despertó en mi espíritu no sé que vago recuerdo de algo que en efecto yo creía saber, y contesté:

—Con mucho gusto, señora.

—Bien lo suponía yo, replicó ella, y continuó:—Mirad, aquí está el campanero que os lo mostrará: es muy honito.

Hablando de esta suerte posó amigablemente sobre la mía, su mano roja; diáfana, palpitante, vellosa y fría como el ala del murciélago.

El nuevo personaje que acababa de aparecer y que sin duda había sentido el olor de la moneda de quince sueldos, el campanero, estaba de pié á algunos pasos de la escalera exterior de la torre cuya puerta había entreabierto.

Era un mozo de treinta y seis años más ó menos, robusto, gordo, rosado, fresco, con todo el aire de un bonachón, como sienta tan bien á los que viven á espensas de los muertos.—Mis dos espectros estaban complementados por un vampiro.

La vieja me presentó al campanero con cierta pompa diciéndole:

—Hé aquí un señor inglés, que desa ver el osario.

El vampiro, sin pronunciar una palabra subió los pocos pasos que había bajado, empujó la puerta de la torre y me hizo señal de que le siguiese. Entré. Y él, siempre silencioso, cerró la puerta detrás de mí.

Nos encontramos en profunda oscuridad. Sin embargo había una lamparilla en el rincón de una grada detrás de una gran piedra. Al resplandor de esta lamparilla ví que el campanero se inclinaba y alcanzaba una lámpara, y cuando la hubo encendido empezó á bajar los escalones de una estrecha escalera de caracol. Yo le seguí.

Al fin de unos diez escalones creo que tuve que inclinarme para pasar una puertecita baja y que subía siempre conducido por el campanero, dos ó tres escalones. Ya no me acuerdo de estos detalles: yo me encontraba sumerjido en una especie de sonambulismo que me hacía andar como si estuviera dormido. Hubo un momento en que el campanero me tendió su mano huesuda: comprendí que nuestros pasos resonaban en un piso entablado. Estábamos en un lugar muy sombrío, en algo así como una cueva oscura.

Jamás olvidaré lo que entonces ví.

El campanero, mudo é inmóvil, permanecía de pié en medio de la curva apoyado á un poste que allí había, y con la mano izquierda levantaba la lámpara á la altura de su cabeza.

Yo miraba á mi alrededor.

Brumosa y difusa luz iluminaba vagamente la curva de la cual yo distinguía la bóveda ojiva.

De pronto, fijando los ojos en la pared, ví que no estábamos solos. Por todas partes nos rodeaban figuras extrañas, de pie y recostadas al muro. A la luz de la lámpara las entreví confusamente al través de esa bruma que llena los lugares bajos y tenebrosos.

Imagináos un círculo de rostros espantosos en el centro del cual yo me encontraba. Los cuerpos negruzcos y desnudos se sumerjían y se perdían en aquella oscuridad; pero yo veía distintamente salir fuera de la sombra é inclinarse en cierto modo hácia mí, apiñadas unas contra otras, multitud de cabezas siniestras ó terribles que parecía que me llamaban, con las bocas grandemente abiertas, pero sin voz y viéndome con ojos sin órbitas.

Qué eran aquellas figuras? Eran sin duda estatuas. Tomé la lámpara de las manos del campanero y me aproximé. Eran cadáveres.

Cuando en 1793 violaron el cementerio de los reyes en Saint Denis, violaron también el del pueblo en Burdeos. El poder del rey y el pueblo son dos soberanías; y el populacho los insultó á un mismo tiempo. Lo que prueba, sea dicho de paso, á las personas que no conocen este punto de gramática, que *pueblo* y *populacho* no son sinónimos.

El cementerio de San Miguel de Burdeos fué devastado como los otros. Sacaron los ataudes del suelo y arrojaron al viento todo aquel polvo. Cuando la azada llegó cerca de los cimientos de la torre, causó sorpresa el no encontrar ni ataudes deshechos ni vértebras rotas, sino cuerpos enteros, disecados y conservados por la arcilla que los cubría hacía tantos años. Esto inspiró la creación de un museo-osario. La idea era adecuada á la época.

Los muchachos de la calle Monfautcón y del camino de los Begles jugaban á la taba con los despojos regados del cementerio. Se los quitaron, se recogió todo lo que pudo encontrarse, é instalaron aquellas osamentas en la cueva interior de la torre de San Miguel. Todo formó un montón de diez y siete pies de profundidad sobre el cual se hizo un piso con balaustrada.

Luego lo coronaron con los cadáveres tan extrañamente intactos que acababan de desenterrar.

Había setenta. Les colocaron de pie contra la pared en el espacio circular reservado entre la balaustrada y la misma pared. Este era el piso que resonaba bajo mis pies: era sobre estas osamentas que yo caminaba, y eran aquellos los cadáveres que me miraban.

Cuando el campanero produjo su efecto, pues este artista presenta las cosas como un melodrama, se me acercó y se dignó hablarme esplicándome lo que eran aquellos muertos.

El vampiro se convirtió en cicerone, de tal modo que yo creía que leía el libreto de un museo. Por momentos tenía la facundia de un mostrador de osos.

—Mire usted éste, señor, es el número uno; tiene todos los dientes. Vea el número dos, que bien conservado está, sin embargo tiene cerca de cuatrocientos años. En cuanto al número tres diríase que respira y que nos oye. No es extraño, pues no hace más que sesenta años que murió. Es uno de los más recientes que hay aquí. En la ciudad hay personas que le conocieron.

Así continuó dando la vuelta pasando con gracia de un espectro á otro y dando su lección con una memoria imperturbable. Cuando yo le interrumpía haciéndole alguna pregunta en medio de una frase, me contestaba con su voz natural y luégo continuaba la frase en el punto mismo en que la había cortado. Por momento tocaba los cadáveres con una varita que tenía en la mano y esto hacía sonar el cuero como un saco vacío. En efecto, qué es el cuerpo del hombre cuando el pensamiento no reside en él, sino un saco vacío?

No he visto una revista más espantosa. Dante y Orcagna no han soñado nada más lúgubre. Los bailes macabros del puente de Lucerna y del Camposanto de Pisa no son sino la sombra de esta realidad.

Había una negra suspendida de un clavo por una cuerda pasada por debajo de los brazos que me reía con espantosa risa. En un rincón estaba agrupada toda una familia que, según dicen, murió envenenada con hongos: componíase de cuatro miembros, la madre, con la cabeza baja, parecía que buscaba algo con que calmar al hijo más jóven que agonizaba en sus rodillas; el hijo mayor, cuyo perfil había conservado algo de la juventud, apoyaba la frente en el hombro de su padre. Una muger, muerta de un cáncer en el pecho abría los brazos como para mostrar la úlcera ensanchada por el horrible trabajo de la muerte. A su lado estaba un jigantesco portalero, que un día apostó que cargaría desde la puerta Caillan á los Chartrons dos mil libras. Efectivamente las cargó, ganó la apuesta, pero murió. El hombre muerto por una apuesta se codeaba con otro muerto en un duelo. La herida de espada por donde entró la muerte, todavía estaba visible á la derecha del pecho descarnado.

A pocos pasos se retorcía un niño de quince años que, según dicen, había sido enterrado vivo. Era el colmo de lo espantoso. Aquel espectro sufre. Después de seiscientos años, todavía lucha contra el ataud que ya ha desaparecido. Con el cráneo y con la rodilla, se comprende el esfuerzo que hacía por levantar la tapa: aprieta la tabla del féretro con el talón y con el codo: desesperado se rompe las uñas contra las paredes: el pecho se le dilata, los músculos del cuello se le hinchan de una manera horrible: grita. Este grito no se oye pero se vé. Aquello es horroroso.

El último de los setenta es el más anciano. Data de cien años. El campanero me hizo notar con cierta coquetería sus dientes y sus cabellos. A su lado está un niñito.

Al volver sobre mis pasos observé uno de estos fantasmas sentado en el suelo cerca de la puerta. Tenía el cuello estendido, la cabeza levantada, la boca lamentable, la mano abierta, un paño en la mitad del cuerpo, una pierna y un pie descubiertos, y de su otro muslo salía un tibio descarnado puesto sobre una piedra como una pierna de madera. Parecía que me pedía limosna. Nada más extraño ni más misterioso que semejante mendigo en semejante puerta.

¿Qué darle? qué limosna ofrecerle? Cuál es el dinero que necesitan los muertos? Largo tiempo permanecí inmóvil ante aquella aparición, y poco á poco mi contemplación se convirtió en plegaria.

Cuando uno se dice que todas aquellas larvas encadenadas hoy en aquel silencio helado y aquellas actitudes lastimosas, han vivido, palpitado, sufrido, amado; cuando uno reflexiona que han tenido juventud, vida, belleza, goce, placer, y que como nosotros han dejado oir en las fiestas esas grandes carcajadas llenas de imprudencia y de olvido; cuando uno piensa que han sido lo que nosotros somos y que nosotros serémos lo que ellas son; cuando uno se encuentra así ¡ay! frente á su porvenir, espantoso pensamiento viene al corazón, en vano busca entonces uno el modo de detenerse en las cosas humanas que se poseen y que todas sucesivamente se desmoronan entre las manos como si fuese arena y nos sentimos caer en un abismo.

Para quien vé estas ruinas humanas con los ojos del cuerpo, nada es más espantoso. Sudarios en harapos apenas los cubren, las costillas se ven al través de los diafragmas desgarrados; los dientes son amarillos, las uñas negras, los cabellos escasos y encrespados, la piel es badana de color leonado que segrega polvo parduzco; los músculos han perdido su parte saliente, las vísceras y los intestinos se resuelven en una especie de montón de lino rojizo de donden penden hilos horribles que devana silenciosamente en aquellas tinieblas la invencible rueca de la muerte. En el fondo del abierto vientre se divisa la columna vertebral.

—Señor, me decía el hombre, qué bien conservados están!

Para quien vé aquello con los ojos del espíritu, nada es más formidable.

El campanero, al ver que mi contemplación se prolongaba, salió á paso de lobo y me dejó solo. La lámpara había quedado en el suelo, y cuando aquel hombre no estuvo más allí, me pareció que algo que me estorbaba había desaparecido. Sentí, por decirlo así, que me encontraba en comunicación directa é íntima con los lúgubres habitantes de aquella bóveda.

Con una especie de vértigo miraba aquel círculo que me rodeaba, inmóvil y convulsivo á la vez. Unos con los brazos descolgados, otros retorciéndolos, algunos juntando las manos. Lo cierto es que una especie de terror y de agonía está en todos aquellos rostros que han visto el interior del sepulcro. De cualquiera manera que los trate la tumba, el cuerpo de los muertos es terrible.

Para mí, como ya habréis podido comprenderlo, aquellas no eran momias sino fantasmas. Yo veía sus cabezas vueltas unas hácia otras, todas aquellas orejas que parecía que escuchaban inclinadas hácia aquellas bocas que parecía que cuchicheaban, y me figuraba que esos muertos arrancados á la tierra y condenados á la duración, vivían noche de vida espantosa y eterna; que se hablaban en la bruma espesa de su calabozo, que se contaban las sombrías aventuras del alma en la tumba y que en voz baja se decían cosas inexplicables.

¡Qué diálogos tan pavorosos! ¿Que podían decirse? Oh! abismos donde se pierde el pensamiento! Ellos, esos muertos, saben lo que hay después de la vida. Conocen el secreto del viaje. Han pasado la cima. La gran nube se ha desgarrado ante ellos. Nosotros estamos todavía en la tierra de las conjeturas, de las esperanzas, de las ambiciones, de las pasiones, de todas las locuras que llamamos sabidurías, de todas las quimeras que llamamos verdades. Ellos han entrado ya en la región del infinito, de lo inmutable, de la realidad. Conocen lo que existe y lo único que existe. Todas las cuestiones que nos ocupan noche y día, nuestros pensadores, nuestros filósofos, todos los asuntos de nuestras meditaciones sin fin, objeto de la vida, objeto de la creación, persistencia del yo, estado ulterior del alma, de todo eso saben el fondo; de todos nuestros enigmas saben la palabra. Ellos conocen el fin de todos nuestros principios. ¿Por qué tienen ese aire terrible? ¿Quién les dá esa figura temible y desesperada?

Si nuestros oídos no fueran groseros para oir su palabra, si Dios no hubiera puesto entre ellos y nosotros ese muro insalvable de carne y de vida, ¿qué nos dirían? ¿Qué revelaciones nos harían? ¿Qué consejos nos darían? ¿Saldríamos de sus manos sabios ó locos? ¿Qué refieren ellos de la tumba?

Cosa espantosa sería si fuera necesario creer en la apariencia de esos espectros. Pero ello no es más que apariencia y sería insensatez creer en ella. Por más que hagamos, nosotros soñadores, no descubrimos la superficie de las cosas sino hasta cierta profundidad. La esfera de lo infinito no se deja atravesar por el pensamiento como el globo terrestre por la sonda.

Las diversas escuelas filosóficas no son sino pozos artesianos: ellas hacen brotar del mismo suelo la misma agua, la misma verdad mezclada de barro humano vivificado con el aliento de Dios. Pero ningún pozo, ninguna escuela alcanza al centro de las cosas. El génio mismo, que de todas las sondas, es la más poderosa, jamás podrá tocar el medio de la llama, el sér, el punto geométrico y místico, centro inefable de la verdad. De la roca jamás harémos salir nada, sino, ora una gota de agua, ora una chispa de fuego.

Sin embargo: meditémos. Toquémos la roca, cavémos el suelo. Esto es cumplir con una ley. Preciso es que unos mediten como lo es que otros trabajen.

Y luego resignémonos. El secreto que quiere descubrir la filosofía está guardado por la naturaleza.

Quién podrá jamás vencerte, oh! naturaleza!

Nosotros no vemos sino una faz de las cosas; Dios vé la otra.

El despojo humano nos espanta cuando lo contemplamos; pero no es sino un despojo, algo vacío, vano, inhabitado. Nos parece que esa ruina nos revela cosas horribles. No. Ella no hace más que espantarnos. ¿Vemos acaso la inteligencia? ¿Vemos el alma? ¿Vemos el espíritu? ¿Sabemos acaso lo que nos diría el espíritu de los muertos si nos fuera posible entrever su gloriosa irradiación? No creamos, pues, en el cuerpo que se descompone con horror y repugna en su destrucción, no creamos en el cadáver, ni en el esqueleto, ni en la momia, y pensémos que si en el sepulcro hay oscuridad, también hay luz. A esa luz se ha ido el alma mientras que el cuerpo permanece en la oscuridad; esa luz es contemplada por el alma. ¿Qué importa que el cuerpo haga muecas si el alma sonríe?

Encontrábame sumergido en este caos de pensamientos. Aquellos muertos que hablaban entre sí, ya no me inspiraban miedo; casi me sentía á gusto entre ellos. De pronto, no sé cómo, me vino al espíritu la idea de que en aquel mismo momento, en lo alto de aquella torre de San Miguel, á doscientos piés sobre mi cabeza, sobre aquellos espectros que por la noche se dicen no sé que palabras misteriosas, un telégrafo, pobre máquina de madera, movida por un hilo, se agitaba en las nubes, y trasmitía, una tras otras, al través del espacio, en el lenguaje misterioso que también tiene, todas esas cosas imperceptibles que mañana serán el periódico.

Jamás he sentido mejor que en aquel momento la vanidad de todo lo que nos apasiona. ¡Qué poema es esa torre de San Miguel! ¡Qué contraste y qué enseñanza! Sobre su cima, á la luz y al sol, en medio del azul del cielo, á la vista de la multitud atropellada que hormiguea en las calles, un telégrafo que gesticula y se revuelve como Pasquín sobre su tablado, dice y detalla minuciosamente todas las miserias de la historia del día y de la política del momento. Espartero que cae, Narvaez que surge, López que arroja á Mendizábal; los grandes acontecimientos microscóricos, los infusorios que se hacen dictadores, los *volvocios* que se hacen tribunos, los vibriones que se hacen tiranos, todas las pequeñeces de que se compone el hombre que pasa y el instante que huye, y, durante ese tiempo, en su base, en medio del cimiento sobre el cual se apoya la torre, en una cripta donde no llega ni un rayo de luz, ni un ruido, un consejo de espectros colocados en círculo y en las tinieblas, habla en voz baja de la tumba y de la eternidad.

ACUARELA

El verano ha secado las sabanas; el banco parece un lago de oro y plata sobre fondo ceniciento; los chaparros, verdes todavía, le ciñen como cinturón de esmeralda.

A lo lejos, por la derecha, despuntan los altos cerros de la costa, coronados de sutil neblina, como el blanco velo de las vírgenes.

A la vera del camino, bajo samanes centenarios, está la casita de palma: el gallo ha recogido la tribu libre: los cerdos se acurrucan y gruñen en el alar y lame la vaca al hijo recien nacido y la clueca lleva sus chiquitines al regazo.

En el fondo, una faja de nácar se interpone entre las yerbas de oro y las nubes de rosa: á trechos asoman pedacitos de cielo azul y alabastro, y nieve y escarlata.

La abuela apoya el ancho machete en el haz de menuda leña; hace lentamente el rodete; con él corona su viejo sombrero y contempla, melancólica, el abra de la sabana.

Un ginete se acerca: trae al anca la soga arrollada; pasa y saluda á la anciana y quema con sus ojos centelleantes á la niña, á la niña que se oculta detrás de ella.

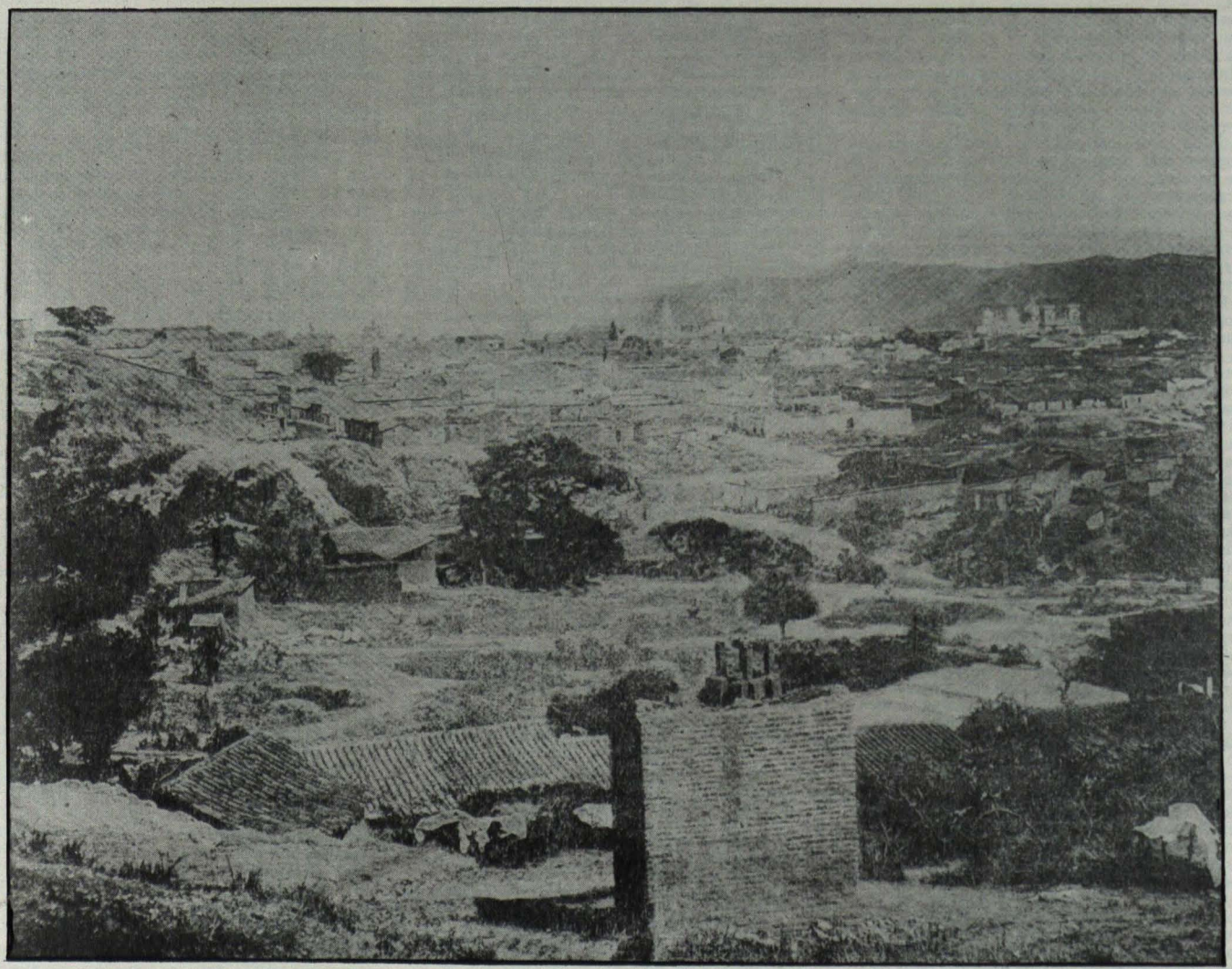
La vieja mira siempre el abra; la nieta sigue anhelante el golpe acompasado de la bestia.

La luna comienza su carrera, tarda y silenciosa; las garzas vuelan en tropel á la laguna.

—Vamos! prorrumpe la anciana, y suspira por el hijo muerto.

—Vamos! contesta la niña; y suspira por el ginete que se pierde en el horizonte.

M. V. Romero García.



UNA VISTA DE CARACAS TOMADA DE LO ALTO



INDEPENDENCIA (*Copia de escultura de D. Medardo Sanmarti*)

EL CUERVO

Por Edgar Allan Poe, traducción de J. A. Pérez Bonalde

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
Sobre más de un raro in-folio de olvidados cronicones
Inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
A mi puerta oí llamar;
Como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
Mano tímida á tocar:
"Es—me dije—una visita que llamando está á mi puerta:
Eso es todo, y nada más!"
Ah! bien claro lo recuerdo: Era el crudo mes del hielo,
Y su aspecto cada brasa moribunda enviaba al suelo.
¡Cuan ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
Procurando en vano hallar
Tregua á la honda desventura de la muerta Leonora,
La radiante, la sin par
Virgen rara á quien Leonora los querubes llaman—hora
Ya sin nombre . . . nunca más!
Y el crujido, triste, incierto, de las rojas colgaduras
Me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
De tal modo que mi pecho palpitante
Procurando dominar.
"Es, sin duda, un visitante"—repetía con instancia—
"Que á mi alcoba quiere entrar:
Un tardío visitante á las puertas de mi estancia . . .
Eso es todo, y nada más!"
Poco á poco, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando:
"Caballero, dije, ó dama: mil perdones os demando;
Mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
Me vinisteis á llamar,
Y con tal delicadeza y tan tímida constancia
Os pusisteis á tocar,"
Que no oí, dije,—y las puertas abrí al punto de mi estancia
¡Sombras sólo y . . . nada más!
Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
Quedé allí—cual antes nadie los soñó—forjando sueños;
Mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba
Ruido alguno . . . resonar
Sólo un nombre se escuchaba que en voz baja á aquella hora
Yo me puse á murmurar,
Y que el eco repetía como un soplo: Leonora!
Esto apenas—nada más!
A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
Pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia:
"De seguro—dije—es algo que se pasa en mi persiana;
Pues, veamos de encontrar
La razón abierta y llana de este caso raro y serio,
Y el enigma averiguar:
Corazón! calma un instante, y aclarémos el misterio . . .
—Es el viento— y nada más!"
La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño—
Entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
Con aspecto señorial,
Fué á posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
De mi puerta el cabezal;
Sobre el busto que de Palas la figura representa
Fué y posóse— y nada más!
Trocó entonce el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
Con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
Y le dije: "Aunque la cresta calva llevas, de seguro
No eres cuervo nocturnal,
Viejo, infausto cuervo oscuro vagabundo en la tiniebla! . . .
Dime—¿cuál tu nombre, cuál,
En el reino plutoniano de la noche y de la niebla?"
Dijo el cuervo: "Nunca más!"
Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
Si bien su árida respuesta no expresaba poco ó mucho;
Pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
Que lograse contemplar
Ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
Ave ó bruto reposar
Sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
Con tal nombre: "Nunca más!"
Mas el cuervo fijo, inmóvil en la grave efigie aquella,
Sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
Vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento
Se le oía pronunciar . . .
Dije entonces al momento: "Ya otros antes se han marchado,
Y la aurora al despuntar,
El también se irá volando cual mis sueños han volado."
Dijo el cuervo: "Nunca más!"
Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
"No hay duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;
Aprendido de algún amo desdichoso á quien la suerte
Persiguiera sin cesar,
Persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
Sus canciones terminar
Y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
De—"Jamás, y nunca más!"
Mas el cuervo provocando mi alma triste á la sonrisa,
Mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
Luego, hundiéndome en la seda,—fantasía y fantasía
Díme entonces á juntar,
Por saber que pretendía aquel pájaro ominoso
De un pasado inmemorial,
Aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
Al graznar "Nunca jamás!"
Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda calma
Cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo
Me empeñaba en descifrar,
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
Luminosa mi fanal—
Terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamas volverá ella
A oprimir—ah! nunca más!
Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
Que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
Perfumado—"Miserable sér!—me dije—Dios te ha oído,
Y por medio angelical,
Tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
Te ha venido hoy á brindar:
Bebe! Bebe ese nepente, y así todo olvida ahora!"
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"
"Oh, Profeta!—dije—ó duende, mas profeta al fin, ya seas
Ave ó diablo—ya te envíe la tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido á esta playa,—desolado
Pero intrépido—á este hogar
Por los males devastado,—"Dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás á hallar
Algún bálsamo ó consuelo para el mal que triste lloro"?
Dijo el cuervo—"Nunca más!"
"Oh profeta—dije—ó diablo!—Por ese ancho, combo velo
De zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
A quien ambos adoramos,—dile á esta alma dolorida,
Presa infausta del pesar,
Si jamás en otra vida la doncella arrobadora
A mi seno he de estrechar,
La alma virgen á quien llaman los arcángeles Leonora!" . . .
Dijo el cuervo: "Nunca más!"
"Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida—
Grité alzándome,—"Retorna, vuelve á tu hórrida guarida,
La plutónica ribera de la noche y de la bruma! . . .
De tu horrenda falsedad
En memoria, ni una pluma dejes, negra! El busto deja!
Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja!". . .
Dijo el cuervo: "Nunca más!"
Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
Sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura . . .
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
Las visiones ve del mal;
Y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
Su ancha sombra funeral;
Y mi alma de esa sombra que en el suelo flota . . . nunca
Se alzará . . . nunca jamás!



MARACAIBO. — CALLE DEL COMERCIO



MATAPALO ESTRANGULANDO Á UN BUCARE

Ó EL COMBATE DE DOS GIGANTES



ADUANA DE LA GUAIRA

JUGUETE LITERARIO

—

MATAPALO Y BUCARE

ó

EL COMBATE DE DOS GIGANTES

—

Al distinguido profesor de Berlín, Dr. Mannhardt

—

¿De qué combate va á tratarse, quiénes son estos gladiadores ignorados de nombres tan prosaicos? ¿Son acaso, los viejos escaladores del Olimpo ó personajes de la leyenda americana que vienen á contarnos los episodios de la gran conquista, cuando los hypántropos de Castilla, después de estremecer montes y cordilleras, conquistaron las cimas nevadas del Ande? Tales son las preguntas que se harán nuestros lectores al ver el mote de este juguete literario. Y en verdad que tienen razón; mas ninguna semejanza existe entre estos nombres y los de la mitología griega, ni recuerdan ellos los episodios de la lucha castellana, no obstante de que los personajes en cuestión figuran en América y han sido testigos de nuestra historia.

Matapalo y Bucare son dos gigantes del mundo vegetal. dos atletas, dos autonomías, dos obreros de la humanidad, porque desde el día en que el hombre avasalló la naturaleza, vegetales y animales obedecen á los caprichos del amo y tienen que seguir el camino trazado de antemano, so pena de morir al golpe del hacha, al tiro de la escopeta, al fuego ó á la destrucción que es la manera de vencer á los que no quieran entrar por el carril de la civilización moderna.

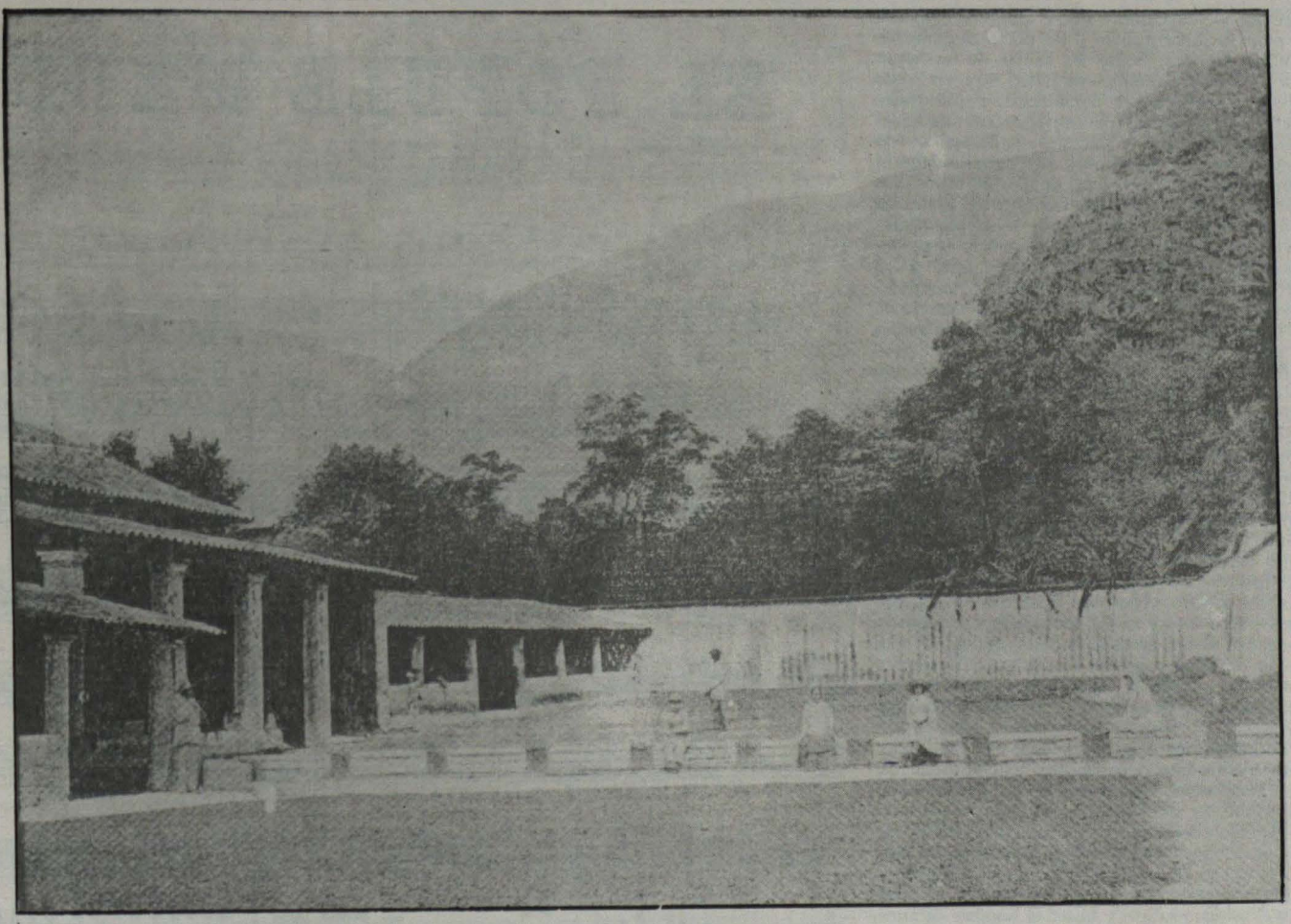
Matapalo y Bucare son dos jerarquías aristocráticas del mundo vegetal, miembros de dos poderosas familias tan antiguas como el mundo, porque han asistido á las peregrinaciones del hombre y al desarrollo de la industria moderna. Ambos tienen sus orígenes, patria, hoja de servicios, séquito, admiradores. Les pertenecen la Zona Tórrida, los archipiélagos oceánicos, las costas de Asia y de Africa, las dilatadas islas y ríos y bosques del Nuevo Mundo.

Cualquiera diría al escuchar este elogio que estas autonomías nada representan en la historia del hombre y que no pasan de individualidades aisladas en el reino de Flora; mas si los llamamos con sus nombres científicos, verémos que hay concordancia entre unos y otros y que ambos son conocidos de la ciencia universal. Matapalo lleva un nombre genérico, FICUS, que equivale á *Higuera*, y un nombre de especie FICUS DENDROCIDA, [Kunth], que significa *Higuera que mata los árboles*. Bucare lleva un nombre genérico, ERYTHRINA, voz griega que significa, *Eritro, rojo, color de escarlata*, y un nombre de especie, ERYTHRINA CORALLODENDRON, que equivale á *árbol de coral*. En efecto, los frutos de Matapalo son pequeños higos, y da la madera de Bucare lacarroja, y son sus frutos como corales y sus flores macetas de color de escarlata que aparecen como llamas sobre las copas de los árboles. Matapalo es de porte gallardo, elevado. de tupidas ramas siempre verdes, robusto tronco, raíses poderosas, de larga vida, pero con frutos que no llaman la atención. Bucare es elegante, majestuoso, elevado, de madera frágil, de gran belleza. Cuando se despoja del follaje es para revestirse de un manto de púrpura, alegría de los valles que anticipa al hombre las luces de la aurora. Por lo demás, mientras que el uno es temido, amado es el otro. Matapalo, es enemigo de su raza, Bucare es amigo del hombre que lo agasaja, lo cuida para que proteja al arbusto sabeo ó al *theobroma* que bajo su sombra maternal prosperan y fructifican.

—

Matapalo se remonta á los orígenes de la sociedad humana. El más célebre de sus hermanos, el que dió al grupo el nombre genérico de *Ficus*, descolló en los pueblos bíblicos, en la historia del antiguo y nuevo Testamento. La Higuera doméstica fue el árbol que sirvió á los desheredados del Paraíso para encubrir su desnudez. figuró en la historia de los patriarcas y en la peregrinación de Jesucristo, y fue el árbol que maldijo el Salvador, alegoría que hasta hoy no han podido interpretar por completo los comentadores de la Biblia. El primero y más célebre de los hermanos *Ficus* tiene por patria el Asia Menor, Siria, Persia y las regiones de los mares interiores. Célebre desde los días del Paraíso, ha asistido á las peregrinaciones del primer hombre y á la cuna de la civilización en la hoya del Mediterráneo. Viajero universal ha cruzado los mares, visitado todos los pueblos y prosperado en latitudes propicias. ¿Quién no le conoce, y qué pueblo en su infancia no ha preguntado por el árbol que echa fruta sin flor, refiriéndose á la Higuera de Adán?

En el grupo célebre de los hermanos *Ficus* no hay medianías porque todos figuran en la industria, en las artes, en la historia y en las religiones antiguas. El famoso árbol Banyan, cuyas ramas lanzan al suelo innumerables raíces que forman otros tantos troncos y hacen del árbol una ciudadela, un monumento sagrado, maravilla del mundo vegetal, es una higuera: el Bo sagrado de los indios del indostán, tan celebrado por los Budistas, es otra higuera: el árbol de las Pagodas, cuyas raíces forman redes poderosas, es otra



Patio de Café de la Hacienda San José



Patio de Café de la Hacienda La Floresta

higuera; y el Sycomoro de los antiguos egipcios, de madera incorruptible y de porte elegante, es también higuera. Sobre las ramas de un Sycomoro se colocó el Zaqueo de Jericó para ver pasar á Jesucristo seguido de la multitud; y vióle Jesús, y sabiendo lo que pasaba por el corazón de aquel hombre, vino hacia él, hablóle, y el Zaqueo quedó convertido. Así el nombre de higuera dado al primogénito de los *Ficus*, lo llevan todos sus hermanos, en las diversas regiones del globo. El hombre de los campos que por la simple observación de la naturaleza llega á conocer el parentesco de los árboles, llama en América á las diversas especies del género *Ficus*, *higuera*, *higuerón*, *higuerote*, colocando de esta manera en un mismo grupo, especies congéneres clasificadas ya por la ciencia.

No concedió la reina Flora al Nuevo Mundo las célebres higueras del Asia que figuran en las regiones de los pueblos orientales, muchas de vida secular, contemporáneas de las conquistas de Alejandro, á semejanza de los cedros del Líbano que recuerdan los días de Salomón; pero sí concedióle los gigantes productores del caucho que forman bosques á orillas del Orinoco y del Amazonas, del Magdalena y del Cauca y en las dilatadas selvas que bordan el lago de Maracaibo. Desde el día en que la industria moderna se apoderó del caucho, el hombre lo solicita en los bosques americanos y en los archipiélagos asiáticos, porque es virtud de estos árboles producir la rica resina, dón que concedió Naturaleza á los hermanos *Ficus*, desde la higuera de Adán, hasta el Matapalo que tiene también el nombre de *Higuito*.

La historia de Bucare no tiene el brillo ni los antecedentes históricos de que acabamos de hablar, aunque pertenece á la poderosa familia de las Leguminosas que tiene representantes en todos los pueblos de la tierra. Bucare no es aristócrata sino republicano, y figura en grande escala desde el día en que regaló el Nuevo al Antiguo Mundo el rico *theobroma*, y Abisinia á la América el arbusto sabeo, y buscó el hombre de nuestros campos sombra para proteger los ricos dones que se hicieron los hemisferios terrestres. Bucare es un civilizador, porque se ha prestado voluntario al ensanche de la agricultura americana y con cuidado solícito llena el encargo que le dió Naturaleza. Por esto dijo el Cantor á la zona tórrida :

.....

Adorne la ladera
El cafetal : ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare.

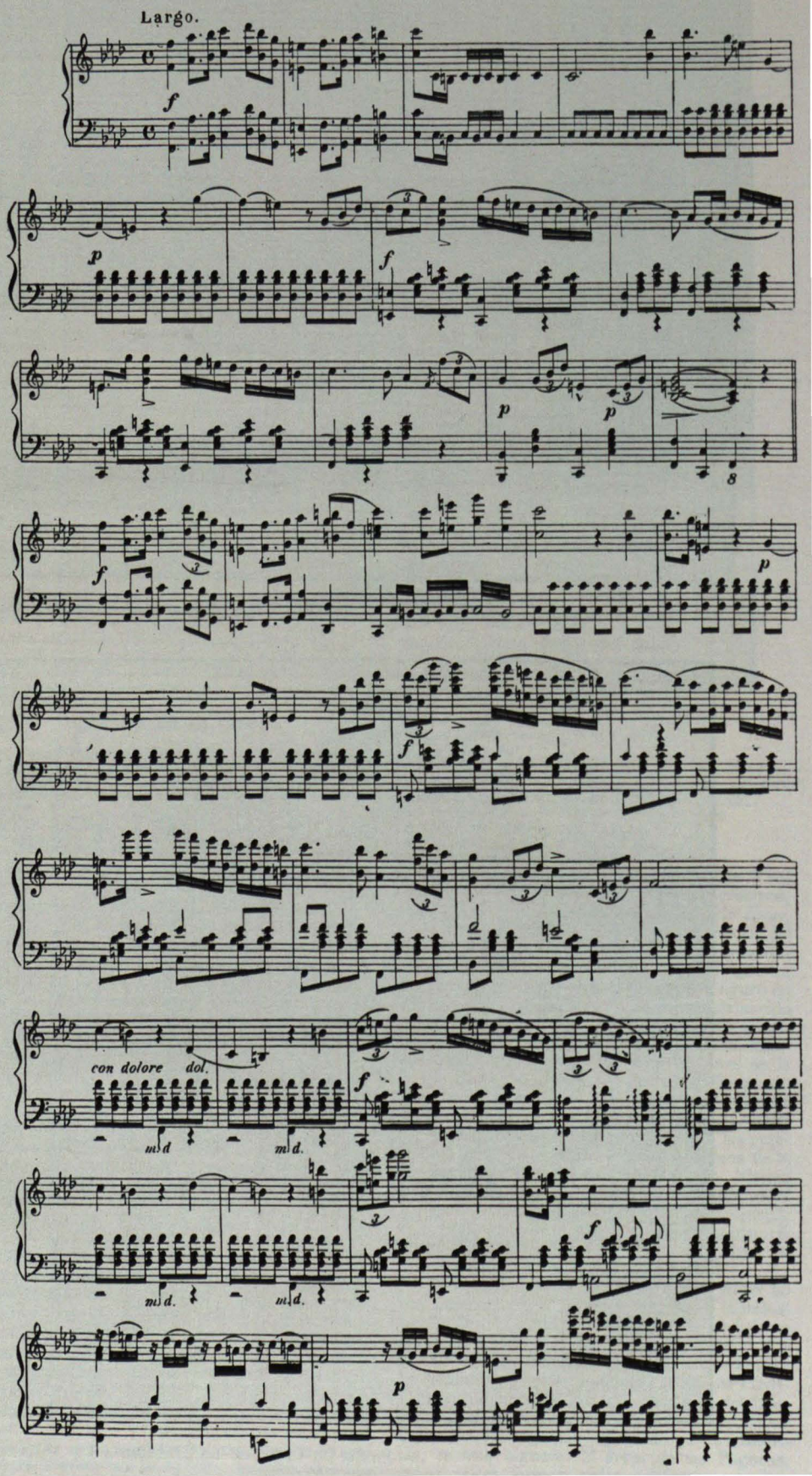
.....

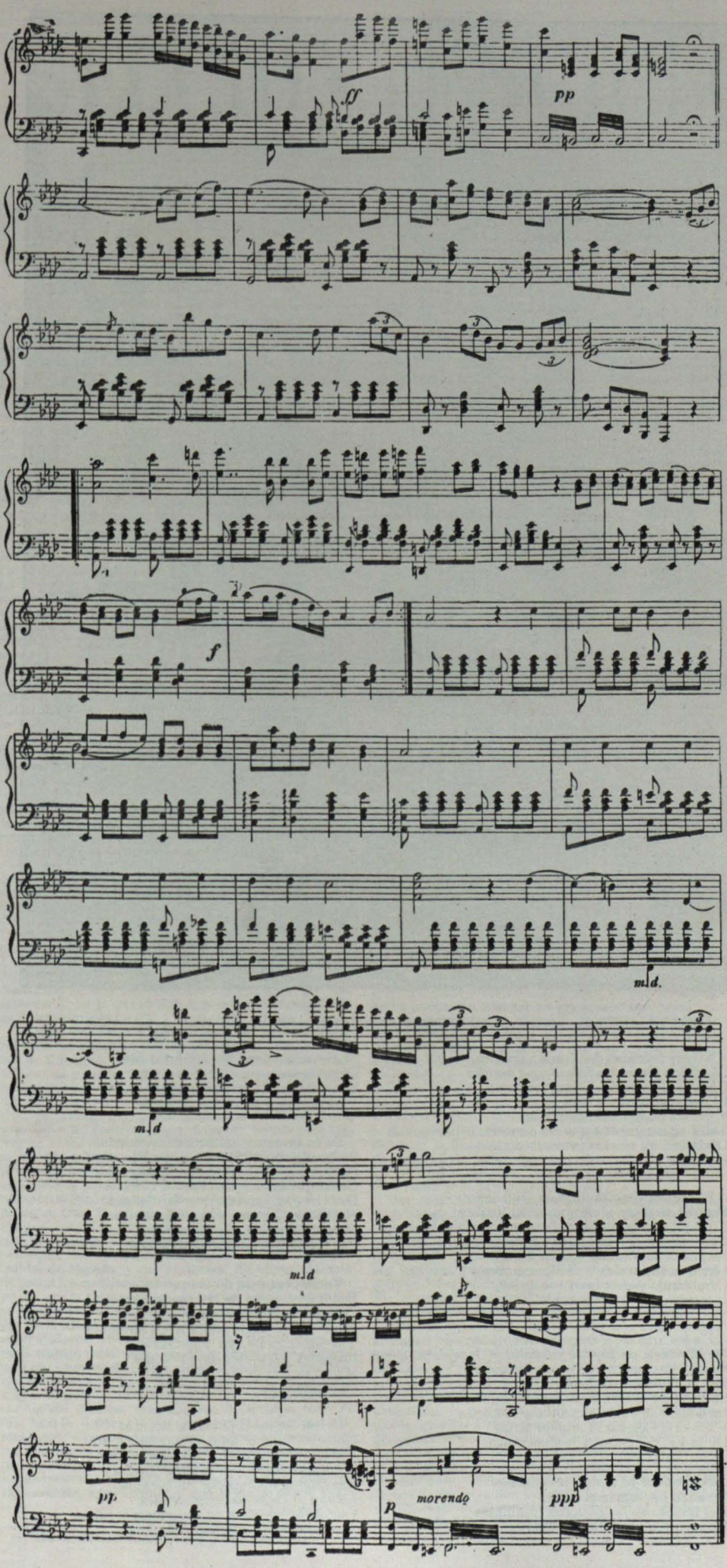
Hay en la vida de Matapalo dos faces, sociable la una, salvaje la otra. Cuando el árbol, en sus bosques, se deja herir para dar caucho, y cortar sus ramas que con facilidad prosperan y adornan nuestros jardines y alamedas, entonces es conservador; parece tranquilo, inofensivo, y lo es. Pero desgraciados sus semejantes si en lugar de desarroyarse en plena tierra, encuentra por asilo las grietas de las rocas ó las ramas y horquetas de los árboles, porque entonces Matapalo es duende, invasor, asesino, estrangulador y demonio.

¿Cómo? Es una historia muy sencilla. Cuando Matapalo se cubre de higos que no codicia el hombre pero sí el animal, bandadas de pájaros con grande algazara vienen á cosechar el fruto apetecido. En posesión de la copa y ramas de Matapalo la tropa bulliciosa come, se satisface, lleva alimento á su prole, y dejando abundante acopio, hiende los aires. En esta labor pasan muchos días hasta que desaparece el último higo, y Matapalo despojado de su carga, piensa en la próxima cosecha. En su curso vagabundo los sibaristas alados posándose sobre las rocas, y ramas y horquetas de los árboles, y sobre los bucarales que cubren grandes áreas de terreno cultivado, dejan los gérmenes de Matapalo acompañados de suficiente abono, al cual se unen fragmentos de hojas secas, polvo de tierra que acarrea el viento y la gota de agua que deja la noche. Esto basta para que Matapalo esté contento. Si hubiera caído en terreno movible, por de contado que hubiera nacido un árbol inofen-

EL POPULE MEUS

PARA PIANO





sivo; pero encontró lo que le convenía, nacer al aire libre, para desarrollar sus raíces, poder de su raza. Si la fuerza de Sansón consistía en sus cabellos, la de Matapalo y muchos de sus hermanos estriba en las raíces adventicias.

A poco andar, el germen de Matapalo en las ramas de Bucare, asoma el tierno tallo que muy pronto se desarrolla. Cualquiera diría que es un retoño empujado por la savia ó un pobre parásito que halló propicio albergue; pero al instante nótase que es un árbol sobre otro árbol. Con vida independiente, Matapalo lanza entonces desde la altura raíces aéreas á manera de látigos colgantes que crecen y se desarrollan y buscan el terreno sólido donde afianzarse. En contacto con el suelo, Matapalo lo penetra, se agarra, vence toda resistencia y canta victoria. Sostenido de Bucare y de la tierra por medio de columnas sólidas, el árbol comienza su trabajo de estrangulador, y brota ramas por todas partes que lentamente van circunvalando el cuerpo de Bucare. Cuando este se advierte de lo que pasa á su lado, ya Matapalo con su cabeza erguida, se encuentra faz á faz con la de su víctima. El parásito se convirtió en árbol, conquistó el terreno y aprisionó á su rival, quien sin medios para defenderse, trepida y siente el anillo de hierro que lo constriñe y lo paraliza. Bucare florece, á pesar de la fuerza que lo ahoga, y saluda por una, dos y más veces los días de la primavera; pero lentamente va sintiendo que su savia se agosta y sus fuerzas decaen. Trata entónces de deshacerse de tan terrible enemigo, sacude su cabellera de púrpura, brota uno que otro retoño, últimos estertores de la vida, llama á sus compañeros y ninguno viene en su auxilio porque otros tantos como él sufren igual tortura. Así pasa el tiempo y Bucare continúa cada día más constreñido por la boa vegetal. A poco, ciertas ramas comienzan á marchitarse, aparecen botones que abortan como si los hubiese tostado el sol, deja de mecerse la majestuosa copa hasta que abriendo por la última vez sus macetas de color de escarlata, saluda al valle, recibe la última caricia de la luz y espira. Semanas más tarde, comienzan, á caer las últimas hojas, quiébranse las ramas débiles, los adornos del elegante árbol desaparecen, quedando desnudo el grueso tronco del gigante, como un cadáver al cual le sirven de mortaja los verdes brazos de Matapalo. (*)

¿Qué queda del gracioso atleta que desafió la tempestad y elevó su cabeza coronada de flores hasta las nubes, y fue alegría de los valles y del *theobroma* y del café paternal amigo? Cierta noche escúchase un gran ruido en la arboleda, y á la siguiente mañana, los muchachos de la cabaña vecina acuden presurosos en solicitud del estrago. Recorriendo la arboleda tropiezan con los fragmentos de un esqueleto: el cuerpo del viejo Bucare que se ha desmoronado por el viento y por los esfuerzos de Matapalo que lo entrega al leñador para que lo consuma en la chimenea. Y en su lugar ¿qué queda? Queda un sepulcro vacío, la cavidad donde se albergaba el cuerpo de Bucare, un templete de verdura, cuyas paredes y cúpula decoran las verdes ramas de Matapalo. Bajo este templete, pagoda de *Ficus* se guarece el leñador en los días lluviosos, y llora la mala cosecha ó presiente la buena al escuchar los golpes del *carpintero* que picotea el tronco de las Erythrinas.

Otra noche, cerca de los precipicios, siéntese un estruendo como si se hubiera desmoronado una porción de la montaña vecina ó alguna roca secular á orillas de la pendiente. Salen los leñadores armados de hachones y ven que se ha derrumbado una enorme roca cubierta de verdura. ¿Quién la ha empujado? Hacía años que Matapalo apoderado de ella la cubría con enormes raíces; al fin logró quebrantarla, hasta que en un momento de furia, árbol y roca se fueron al abismo. ¿Qué le importaba al estrangulador? Más poderoso que Sanson él no morirá bajo las ruinas, sino que continuará en su

[*] La fuerza destructora del árbol *Matapalo*, la tienen también otros árboles, todos aquellos cuyo germen puede desarrollarse en la horqueta de un tronco ó de una rama v. g. el bello árbol conocido con el nombre de *Copey* [clusia rosea]. Ya en los días de la conquista castellana, el célebre cronista Las Casas escribió con mucha verdad sobre esta materia de biología que ha servido á nuestro profesor el Dr. Ernst para escribir una memoria que aun no ha visto la luz pública.

carrera de triunfos proclamando siempre las glorias de su raza.

He aquí al vencedor de las rocas y de los árboles. Matapalo es el pulpo de brazos diformes y de ventosas potentes siempre victorioso: Matapalo es la boa que estrangula entre los anillos de su cuerpo á los más poderosos gigantes. Matapalo asesino, estrangulador de los más robustos árboles y raíces, y hasta de sus propios hermanos, no puede ser vencido sino por el hacha ó por el fuego. Y sin embargo, Matapalo á pesar de sus víctimas, tiene los honores de familia la cual da á la industria, leche, manito, pan, caucho, tintas y medicinas.

"¡Que haya un cadáver más, que importa al mundo!

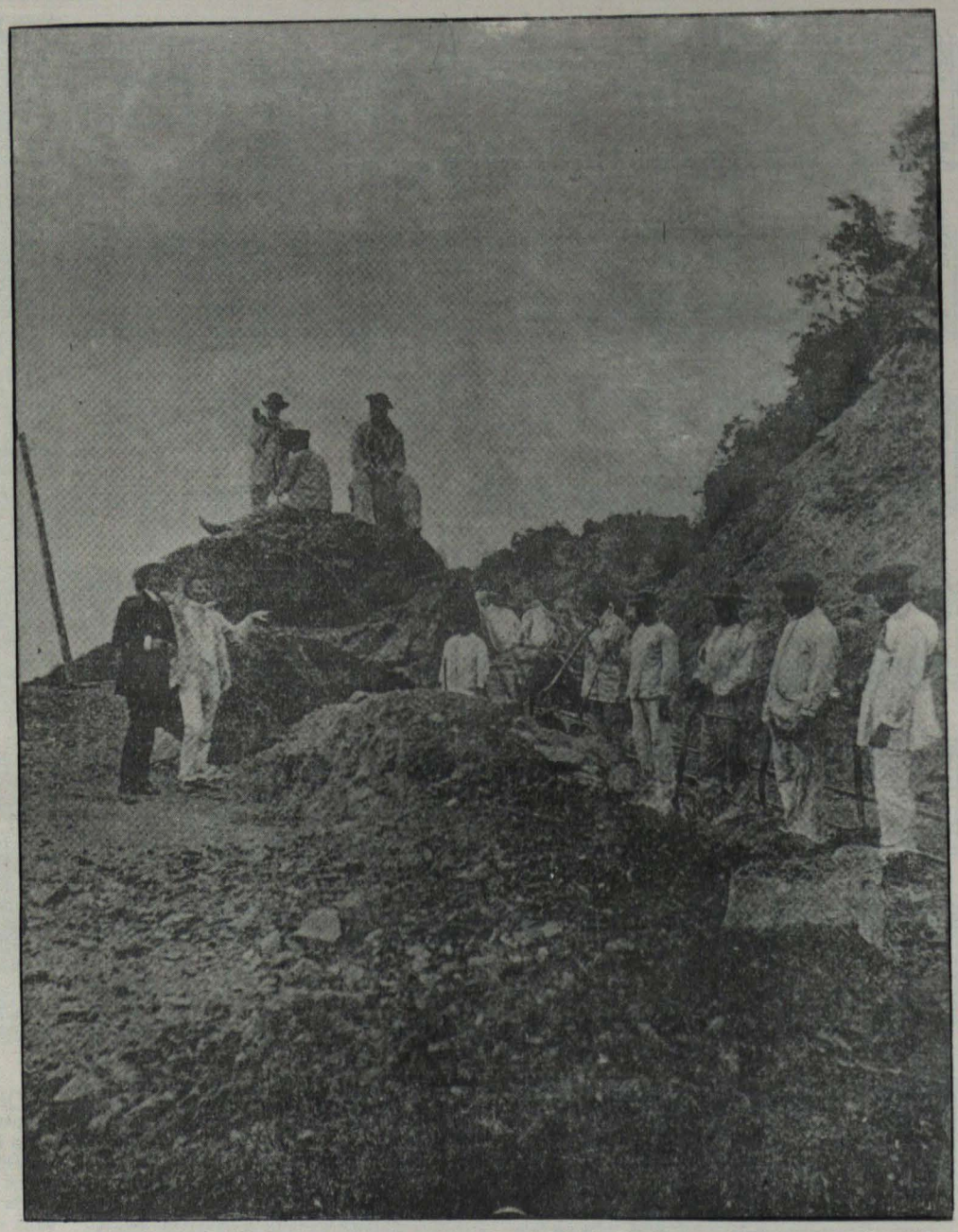
Así dijo un poeta castellano, y así dirá el estrangulador de los árboles, el vencedor de los gigantes vegetales. Enhorabuena. Si él da caucho al hombre, bien pueden sus víctimas dar leña al humilde campesino.

Aquí tenéis, mi querido Dr. Mannhardt, el JUGUETE LITERARIO que os ofrecí. Sea un recuerdo de la mañana en que juntos hace once años, visitamos las ruinas de Humboldt en el camino de Chacao y contemplamos después en las arboledas de Blandín, el cadáver de una Erythrina, víctima del más desapiadado de los hermanos *Ficus*, del famoso estrangulador de árboles y de rocas, el célebre Matapalo.

Once años han corrido desde el día en que escribimos estas líneas y aun continúan las víctimas en los bucarales del risueño valle de Caracas. Floridos, llenos de majestad y de gracia, pero cautivos aparecen en esta estación ciertos árboles destinados á morir estrangulados por los potentes brazos de Matapalo. Así ciertas existencias juveniles, al descollar en la primavera de la vida, llenas de ilusiones en pos de los ideales del amor, se sienten de súbito, como detenidas por fuerza misteriosa: es la muerte que elije sus víctimas entre la juventud entusiasta y soñadora. Preséntase insidiosa, cruel, tenaz; poco á poco va robando al rostro la juventud, al corazón la sonrisa, al cuerpo la movilidad, al espíritu la esperanza, hasta que entorpeciendo las funciones vitales, se anuncia pálida, descarnada, desfallecida, repelente. Pero cuando el cuerpo se paraliza y la esperanza es transitoria como luz que se extingue en horizonte lejano, al cesar el postrer latido de la vida, el espíritu lúcido se levanta á las regiones de Dios. Como la suave aureola de los árboles floridos, así brotan las últimas luces del espíritu del justo en su tránsito de la tierra al cielo.

Caracas: 24 de marzo de 1892.

ARÍSTIDES ROJAS.



DERRUMBAMIENTO EN EL CAMINO DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA Á CARACAS

CRISTO

—

Elí! Elí! lamma sabacthani.
EL CRISTO.

Mártir sublime! espíritu fecundo!
Dios y hombre, hombre y Dios! de tu almo aliento
Que inflama en luz los ámbitos del mundo,
Fecundiza mi sér; presta á mi acento
Tu fe suprema, tu dolor profundo,
Tus suspiros del Gólgota sangriento,
Cuando al influjo de tu amor divino
Cumplió la humanidad su alto destino!

Sólo á tí acudo: la olvidada lira
Que ecos profanos levantó sonora,
El himno hoy alza que tu fe me inspira;
Y al rayo fugitivo de la aurora,
Al último fulgor del sol que espira
Tras las colinas que su disco dora,
Abjuraré el error, la audacia vana
De mi perdida juventud temprana.

Níveas palomas del Jordán undoso,
Cándidos cisnes de Salem, que un día
Contemplásteis del drama tenebroso
El holocausto de la raza impía,
Y vísteis en martirio generoso
Teñir su sangre la aspereza umbría,
Divinizad mi voz con vuestro arrullo
Del arpa sacra al celestial murmullo.

El sol del viejo mundo en Occidente
Hundió su disco al despuntar tu lumbre:
Los ídolos paganos de repente
Cayeron á su propia pesadumbre;
La voz de la Verdad omnipotente
Llenó la tierra desde el alta cumbre,
Cambiando por la nueva teogonía
Los cultos de la antigua idolatría.

En las aras de Venus Citerea,
De Minerva, de Júpiter y Apolo,
Se alza la Cruz que extiende gigantea
Sus anchos brazos desde polo á polo;
Su inmensa sombra sobre el jaspe orea
La sangre del altar derruído y solo,
Y los rayos de luz al mundo lanza
De la Fe, del Amor y la Esperanza.

Enmudece la voz de las sibilas
Y callan los oráculos fatales;
Del templo so las bóvedas tranquilas
No mienten los conjuros infernales;
Ni al numen osan las confusas filas
De arúspices, augures y vestales,
Y ruedan hasta el polvo, dogmas, leyes,
Y misterios, y símbolos, y reyes.

De la inmensa catástrofe las ruinas
Se hundieron en las sombras del ocaso,
No del hierro al furor, sí á las divinas
Gotas que encierra del amor el vaso.
Del Gólgota inmortal por las colinas
Al Cristo ved, que, con doliente paso,
Trepa al suplicio, su sepulcro cava,
Por redimir la humanidad esclava!

Vedle cruzar la dolorosa vía,
Doblada al peso de la cruz la frente,
Que guirnalda de espinas le ceñía;
Y en cambio de la clámide esplendente
Y la sandalia de oro y pedrería,
Insignias del poder omnipotente,
Manto de grana por baldón le insulta,
Descalzo el pie sobre la roca inculta.

Veinte siglos repiten los acentos
Que en el monte fatal su voz murmura;
Víctima del oprobio y los tormentos,
Perdón reclama por la raza impura;
Las cítaras divinas por los vientos
Llevan al cielo su ideal ternura,
Que luégo en luz y en esperanza y calma
Trocó la estéril soledad del alma.

SECCION ENCICLOPEDICA

ORIGENES VENEZOLANOS

POR

ARISTIDES ROJAS

Continuación

Quizá se proyectaron en la mente del Almirante los años de devastación que debían seguir al descubrimiento de las perlas; y sólo así podemos explicarnos el silencio que guardó respecto de la riqueza inesperada de los ostiales en su célebre carta á los Reyes Católicos, que es un hermoso resumen del tercer viaje del Descubridor de América. Este silencio estudiado y el no haberse dejado seducir de sus oficiales que con instancia le suplicaron que permaneciera por algunos días más en región tan favorable, manifiestan muy á las claras que Colón quiso guardar un secreto que por sí sólo debía trasparentarse; pero que exagerado por las mil bocinas de la codicia, hubo de llegar á las regiones vecinas de las Antillas y después á las costas europeas, poblado de visiones halagadoras y de promesas capaces de tentar el corazón de los expedicionarios y aventureros, de toda prosapia.

Así sucedió en efecto, y apenas dejó Colón los mares de la futura Nueva Andalucía, cuando las costas de Cubagua comenzaron á ser visitadas por codiciosos de La Española. La primera expedición que sigue el derrotero de Colón es la de Ojeda, que tiene efecto en 1499. Este compañero del Almirante comercia con los moradores de Cubagua, sigue á lo largo de la costa occidental, descubre el golfo de Coquivacoa, ensancha la obra de Colón y regresa á España. Sigue á esta expedición la de Niño y Guerra, en la misma época. Estos se detienen en Margarita y Cubagua, se hacen de gran acopio de perlas y otros artículos de comercio. Esta expedición, que tanto contribuyó al conocimiento geográfico del Continente, hubo de ser adversa á sus empresarios, pues á pesar de haber sido considerable el número de perlas que entregaron á las autoridades españolas, como quinto que pertenecía al Rey, se les acusó de haber defraudado otro tanto, por lo cual fueron perseguidos. Sin pruebas que les condenaran, salieron triunfantes y gozaron, como dice Navarrete, de la envidiable reputación de haber llevado á remate con toda felicidad, el viaje más rico que se había hecho hasta entonces al Nuevo Mundo. [1]

A la expedición de Niño y Guerra sucedió la de Vicente Yáñez Pinzon, hermano de Pedro Alonso, la cual zarpó de las aguas de España, á fines del mismo año de 1499. Pertenece á este conquistador, compañero de Colón, el descubrimiento del río Amazonas, en 1500. Después de mil penalidades en las aguas del gran río, pudo retroceder al Golfo de Paria para seguir después á La Española. Si el viaje de Niño y Guerra había sido fecundo en riquezas adquiridas, el de Pinzon fue desastroso y rico en aventuras: perseguido por sus acreedores, no le quedó sino la gloria y el recuerdo de su descubrimiento.

Ya para esta fecha—1500—cómo cincuenta aventureros de La Española habían plantado sus reales en la isla de Cubagua, construído ranchos, levantado toldos y barracas y conducido la herramienta necesaria para la pesca de la ostra. La fama del viaje de Niño, las nuevas perlas que cambiaban los indios y la adquisición que habían hecho los marineros en las diversas expediciones, contribuyeron á que el nombre de Cubagua, como el descubrimiento de todo tesoro, alertara, no sólo á los castellanos, sino también á los aventureros de todos los países. A poco comenzó á desarrollarse la población y á establecerse en ésta el comercio, según el agrado de cada cual. Unos se ocuparon en traer la leña de Margarita, otros en conducir el agua del río de Cumaná, siete leguas distante, los más en la pesca de la ostra, como negocio lucrativo. Al principio, los indios fueron ganados con bagatelas traídas de España, y con promesas lisonjeras, idioma de todos los embaucadores; pero no pasó mucho tiempo sin que la fuerza, sostenida por la codicia, se armara en contra del infeliz indígena y obligara á los oriundos de la isla á trabajar solamente en beneficio de los especuladores. No siendo suficientes los naturales para el trabajo de la pesca, se trajo de las islas Lucayas un gran número de indios esclavos, quienes, como buenos nadadores y buzos, dieron al comercio de la perla mayor impulso. Como máquinas fueron empleados estos nuevos obreros, que después de trabajar todo el día, bajo la influencia de un sol abrasador, mal alimentados, y peor tratados, eran amarrados con cadenas durante la noche, como presa que se asegura para que no huya. El comercio de los esclavos, tanto de los guayqueríes como de los lucayos, se hizo cada vez más notable, y hubo años en que el precio medio llegó

Continuará

[1] *Navarrete.*—Colección de viajes y descubrimientos.

DERECHO POLITICO

POR

LUIS SANOJO (ABOGADO)

Continuación.

Cuéntanse entre los derechos primitivos los que se refieren á la vida, á la libertad, á la dignidad, al honor, á la religión; y entre los segundos los que emanan de los contratos celebrados porque presuponen actos de la voluntad de muchos individuos. Lo que caracteriza los derechos primitivos es que son inalienables é imprescriptibles, porque si traen su origen del mismo Dios, si son una condición necesaria para que el hombre cumpla su destino, es claro que no puede desprenderse de ellos ni por un acto expreso de su voluntad, ni por el no uso. Nadie puede, pues, aceptar la renuncia que haga otro de su vida, de su libertad, de su honor. Ningún pacto ni social ni individual dan derecho á nadie para matar, esclavizar ni deshourar á otro, y el que lo hiciere no dejará de ser criminal, porque haya obtenido semejante autorización de la víctima ó de la sociedad, puesto que ni ésta ni aquella pueden disponer de tan preciosos bienes. Si por vía de sanción se le priva al delincuente de la libertad y si, como una consecuencia de la pena misma, le viene el deshonor, en esto no hay más que el uso que hace la sociedad del derecho absoluto de reprimir los atentados que se cometan contra los derechos de las personas ofendidas.

Que la vida es un derecho primitivo y esencial del hombre, nadie puede ponerlo en duda, habida consideración á que es la base de todos los demás derechos, como que sin ella no se da sujeto que pueda ejercerlos y en quien deban respetarse. El hombre nace con voluntad propia, que por lo mismo debe ejercitarse con absoluta independencia en algunos casos, pues, como ya hemos dicho, envolvería una extraña contradicción que el Ser Supremo hubiese dotado á la criatura de una facultad de que nunca hubiera de hacer uso. Ya dirémos cuáles son esos casos en que deba concederse el pleno ejercicio de la voluntad humana, limitándonos por ahora á manifestar que los límites de la libertad de un hombre es la libertad de los demás. El honor y la dignidad, como que son el resultado de la conciencia que tiene el individuo de proceder con arreglo á sus deberes, constituyen los derechos más respetables del hombre. Y diferéncianse de los demás en que no solamente son absolutos, sino también ilimitados, porque en nada se oponen á los derechos análogos de los demás hombres. Miéntras más respetémos nuestra dignidad, tanto más conforme al derecho y á la moral procederémos. Los derechos relativos á la religión se reducen á la libertad que debémos tener para manifestar nuestras ideas y sentimientos, acerca de la divinidad, para tributarle el culto y adoración que nos dicte nuestra conciencia; y por lo mismo nadie puede, sin cometer un grave atentado, poner trabas de ningún linaje á aquella libertad. La religión ha nacido con el hombre que desde sus primeros momentos ha debido comprender que hay un Ser superior respecto del cual estamos en relaciones de absoluta dependencia y para el cual en consecuencia tenemos grandes deberes. Es pues este un derecho primitivo, esencial, á que en manera alguna podemos reunnciar, sin faltar á una de nuestras primeras obligaciones.

Es correlativa al derecho la obligación, porque siendo aquel la facultad que tiene el hombre de ejecutar, de omitir, ó de exijir alguna acción, entraña el deber en los demás hombres de permitir que el individuo obre como se lo permite su derecho.

Hay veces en que no puede exijirse el cumplimiento de la obligación sino dadas ciertas circunstancias sobre cuya existencia sólo el obligado puede juzgar sin peligro. En tal caso no puede quien tiene el derecho exijir que se le respete, haciendo uso de la fuerza, aunque sea legítima, porque se expondría á cometer una injusticia. Por ejemplo, todos tenemos obligación de dar limosna y favorecer á nuestros semejantes, siempre que satisfechas nuestras necesidades, nos queden los medios de ejercer la caridad; más como nadie puede averiguar sin peligro de error, excepto el mismo á quien se exije el ejercicio de tal virtud, si en efecto tales son sus circunstancias, no puede hacérsele fuerza para compelerle al cumplimiento de la obligación. De aquí la división del derecho y consiguientemente de la obligación en perfectos é imperfectos; siendo los primeros aquellos á cuyo respeto y cumplimiento se puede compeler por la fuerza legítima al obligado; y los segundos los que no pueden hacerse eficaces por este medio, quedando únicamente á cargo de la conciencia de cada uno. Dicho se está que los derechos y obligaciones perfectos se dan únicamente cuando su realidad no dependa de circunstancias sobre cuya existencia sólo el obligado puede juzgar sin peligro.

Continuará

ECONOMIA POLITICA

POR

L. COSSA

Continuación.

de la Riviere, magníficamente resumidos (*Reflexions*, 1769), ó intempestivamente aplicados por Turgot, constituyen un completo *sistema* de *derecho* y de *filosofía social*, inspirado en el concepto de un *orden natural (fisiocracia)*, al cual deben conformarse las *leyes positivas*. En abierta oposición al mercantilismo, Quesnay defiende la plena *libertad* de *concurrencia* [el *laisser faire, laisser passer* de Gournay], para que la *clase productiva (agricultores)* obtenga con pocos *gastos* los servicios de las *clases estériles*, aunque *necesarias (industriales, comerciantes* y cultivadores de las *artes liberales)*, aumentándose de esta manera la *renta territorial* pagada á los *propietarios (clase disponible)*, y que constituye el *producto neto*, sobre el cual gravita el *impuesto*, el cual, para evitar gastos, molestias y vejaciones, debe ser *único* y *directo*.

Corregida en su error fundamental por Condillac [1776], poco atendida por Ortes [1774], aceptada sólo en parte por Beccaria, Verri, Filacgieri, la doctrina fisiocrática es modificada profundamente por Adam Smith [1723–1790] que, después de un viaje á Francia y una preparación de más de diez años, publica su gran obra *sobre la naturaleza y sobre las causas de la riqueza de las naciones* [1776]. Esta es el monumento más grande de la economía moderna, admirable por su doctrina, templanza, claridad y rigor de método. En sustancia es un sistema de *política económica*, fundado en el principio de la *libre concurrencia* deducido de la idea de la *identidad* entre el *interés privado* y el bienestar *general*. Está precedido de una magistral *introducción teórica*, en la cual el *trabajo* [hecho más eficaz por su *división* y por el uso del *capital*] y la *tierra* figuran como elementos de la *producción*, que se manifiesta en las industrias *agrícola, manufacturera* y *comercial* recíprocamente solidarias. El producto se reparte entre el *propietario*, el *capitalista* y el *obrero*, remunerados con la *renta*, el *provecho* y el *salario*, que deben concurrir *proporcionalmente* al *tributo*, fuente de *ingreso ordinario*, preferible á los *dominios* y á los *empréstitos*, que permite al Estado el velar por la seguridad y promover la *viabilidad* y la *instrucción*.

El sistema de Smith, vulgarizado por Say [1803], que añade la teoría de los *productos inmateriales*, de los *mercados* y del *consumo*, ampliado y reformado por Malthus y por Ricardo [valor, población y distribución de la riqueza] y en parte por Senior, por Tooke, por Fullarton [moneda y crédito], resumido por Jacobo Mill y por Mac Culloch, extensamente aplicado á la *filosofía social* y especialmente á la *cuestión obrera* en los *Principios* [1848] de J. Stuart Mill [compendiados por Fawcet], precisado todavía mejor en su *método* por Cairnes, corregido, en la doctrina del *fondo* de los *salarios* por Thornton, por Longe y por Walker, habla el lenguaje del *cálculo* en las obras de Cournot, de Jevons, de Walras, recibe conveniente forma didáctica en los tratados de Flórez Estrada, de Molinari, Carballo, Forjaz de Sampajo, Courcelle-Seneuil, Garnier, Vissering, y en el mucho más apreciable del suizo Cherbuliez, en los *compendios* del danés Kayser, de los americanos Bascom y Chapin-Wayland, en el más original del holandés Pierson, y en los libros *elementales* de Baudrillat y de Laveleye.

En Alemania la teoría de Smith, explicada por Kraus, y por Sartorius, rectificada en algunas definiciones por Hufeland, aparece por Jacob, por Lotz y mucho mejor por Rau ingertada en el tronco de las *ciencias camerales;* se enriquece con las *deducciones* de Thünen [influencia del *mercado* sobre los sistemas de cultivo] y con las de Hermann [capital, valor, renta y consumo], compendiada y continuada magníficamente por Mangoldt; toma vestidura muy metafísica en los *tratados* de Stein y Schäffle: aprovecha los progresos de la *estadística* (Quételet, Wappäus, Engel Rümelin, Knapp, Lexis) y extiende el campo de sus investigaciones con las monografías de Baumstark, de Hebenius, de Hoffman, de Hannsen, de Helffrich, de Knies, Nasse, de Wagner, de Sax, de Cohn, de Brentano, á los cuales pueden añadirse las *obras francesas* de C. Comte, Naville, Dunoyer, Chevalier, Wolowski, A. Clément, Coquelin, Faucher, De Lavergne, De Parieu, Levaseur, Leroy-Beaulieu, Block, Foville, etc.

No han faltado, sin embargo, en este siglo, *intérpretes* pocos fieles y *adversarios* formidables de las doctrinas de Smith y de la de sus discípulos.

Continuará

FISICA

POR

D. GUMERSINDO VICUÑA

Ingeniero Industrial, Doctor en Ciencias, Catedrático de la Universidad Central, etc., etc.

[*Continuación*]

También se establecen cambios de dos líquidos al través de una membrana porosa, siempre que uno de ellos sea más pesado que el otro: en este caso hay una tendencia á que el primero de los líquidos se resume en el otro y recíprocamente, de tal suerte, que al cabo de algún tiempo se han mezclado mútuamente. Esto es lo que los físicos llaman *endósmosis* y *exósmosis* y tiene mucho interés para el estudio de las plantas.

Cohesión.—Cuando la atracción molecular se refiere á los lazos que mantienen unidos los pedazos de un mismo cuerpo, se llama cohesión. Esta fuerza es la que impide que se pulvericen los sólidos, y que al esparramarse los líquidos no queden gotas sumamente pequeñas. Al dar un martillazo en un guijarro salta éste en pedazos, porque el golpe rompe una parte de los lazos de la cohesión: los pedazos á su vez necesitan nuevos choques para vencer la cohesión que mantiene unidas sus partes, y así sucesivamente hasta llegar á trozos pequeñísimos.

En los cuerpos sólidos la cohesión es grande, y en unos mayor que en otros: en los líquidos es pequeña; en los gases no sólo es nula, sino negativa, esto es, léjos de haber cohesión, hay lo contrario, á saber, repulsión, y de aquí la tendencia de esta clase de cuerpos á aumentar de volumen, ó sea á separarse sus moléculas unas de otras. La cohesión se modifica con el calor, según verémos.

Elasticidad.—La propiedad que tienen las moléculas de volver á ocupar su posición primitiva, cuando se las ha separado de la misma, es lo que se llama elasticidad. Todos los cuerpos gozan de ella, aunque en diversa escala. A veces la separación es tal, que se vence á la cohesión y entónces se rompe el cuerpo; otras, se hace un esfuerzo superior á la elasticidad, y éste queda deformado: en los demás casos recobra su forma anterior. Así, por ejemplo, si se dobla poco una barra de hierro, vuelve por sí misma, y gracias á la elasticidad, á la forma que tenía: si se la dobla mucho, no vuelve ya á enderezarse por sí, y tal puede ser la dobladura que se rompa: hé aquí los tres casos indicados.

El *temple*, ó sea el enfriamiento rápido, modifica la elasticidad de los sólidos. Los líquidos son poco elásticos: los gases lo son por excelencia, puesto que comprimiendo un gas y dejando luego de efectuar la compresión recobra en el acto su forma primitiva.

Los *resortes* son piezas de metales muy elásticos. Su deformación es regular, ó sea proporcional al esfuerzo que sufren, y de aquí los *dinamómetros*, aparatos destinados á medir las fuerzas por medio de la flexión de un resorte.

Choque de cuerpos elásticos.—Este fenómeno es tan general en la Física, que conviene darlo á conocer desde ahora, y se refiere, en primer lugar, al resultado de tropezar un cuerpo sólido con una superficie. Al arrojar una pelota contra el suelo ésta rebota, ó lo que es lo mismo, sigue una cierta dirección después del choque. Supongamos que la superficie contra quien choca es plana y sea, por ejemplo, la *EF* de la figura 1ª Si la pelota es lanzada en la dirección *AC*, choca en *C* con la superficie y sale botando según la dirección *CB*. Si se tira una perpendicular á la superficie *EF* por el punto *C*, á la cual se llama *normal*, esta será la recta *CD*.

Ahora bien: la ley fundamental del choque es que el ángulo formado por la dirección primera *A C* con la normal es igual al ángulo formado por la dirección segunda *C B* con la misma normal: al primer ángulo, que es el *A C D*, se llama de *incidencia*, y al segundo *D C B*, se llama de *reflexión*. La ley es, en términos técnicos, que *el ángulo de incidencia es igual al de reflexión*, ley perfectamente demostrada por diversos medios.

De aquí el modo de dar bola por tabla en el juego del billar. Si el cuerpo choca de suerte que la recta *A C* se confunde con la normal, resultará que también la *C B* se confundirá con la misma: esto es lo que ocurre al lanzar una pelota contra el suelo perpendicularmente á éste, que rebota en la misma línea por donde bajó. Si la superficie *E F* no es plana, se puede, por medios geométricos, trazar siempre la normal en *C* y la ley se cumple.

Si el cuerpo que se mueve choca con otro que también se mueve, ó puede moverse, la cuestión se complica. Si los dos cuerpos chocantes van en dirección opuesta, retrocede uno ó ambos después del choque, y en todo caso hay que tener en cuenta diversos elementos para estudiar bien el problema.

Fragilidad y dureza.—El choque de los sólidos unos con otros produce en muchos casos la rotura de los mismos, ó sea el fraccionamiento en pedazos. La facilidad mayor ó menor de romperse los cuerpos por efecto del choque se llama técnicamente *fragilidad*: así, el vidrio es más frágil que la piedra y ésta más que el hierro.

Continuará

QUIMICA

POR

J. LANGLEBERT

QUIMICA MINERAL

(Continuación)

el tetraedro, el hexaedro piramidal, etc., todas formas que derivan del cubo de una manera más ó menos directa, y al cual es fácil agregarlas.

Establecidos estos principios, volvamos á la cristalización de los cuerpos. Los químicos ejecutan esta operación por dos métodos generales: la *vía seca* y la *vía húmeda*.

1er. *Método: cristalización por vía seca.* Este método comprende dos procedimientos: la *fusión* y la *volatilización*.

Cuando se quiere hacer cristalizar un cuerpo por fusión, se le coloca después de haberle fundido, en un lugar en que pueda enfriarse lentamente y al abrigo de toda agitación. La superficie del líquido y las capas en contacto con las paredes del vaso en que se opera la fusión se enfrían más pronto que las partes centrales y cristalizan las primeras. Ahora, agujereando la costra en el momento en que acaba de formarse en la superficie y volteando el vaso, el líquido interior se escurre y deja una capa cristalina más ó menos espesa, adherente á las paredes del vaso. Así se hace cristalizar el azufre, el bismuto y un gran número de metales y de mezclas.

Para hacer cristalizar un cuerpo por volatilización, basta calentarle en una retorta cuyo cuello comunique con un recipiente convenientemente frío. El vapor, enfriándose, vuelve á pasar al estado sólido y forma cristales que se depositan en el cuello de la retorta y en las paredes del recipiente. De esta manera se obtiene la cristalización del arsénico, de ciertos cloruros y de la mayor parte de las sales de amoniaco y de mercurio.

2º *Método: cristalización por vía húmeda.* Este método comprende igualmente dos procedimientos. El primero consiste en hacer disolver en un líquido el cuerpo que se quiere hacer cristalizar y en dejar evaporar lentamente la disolución. El segundo procedimiento reposa sobre la desigual solubilidad de los cuerpos en los líquidos según la temperatura. Generalmente los cuerpos son mucho más solubles al calor que al frío; por ejemplo, si se hace disolver el azotato de potasa en agua hirviente hasta la saturación, y se deja luego enfriar lentamente la disolución, el agua abandonará una parte de la sal, que se depositará en el fondo del vaso bajo forma de cristales. Se hace cristalizar por la vía húmeda casi todas las sales.

Existe además otro método por el cual se puede obtener la cristalización de ciertos cuerpos. Este método consiste en la mutación molecular que producen las corrientes eléctricas muy débiles. Así es que si se ponen los dos eléctrodos de una pila de Daniel en una disolución de sulfato de cobre, se ve muy pronto depositarse en el eléctrodo correspondiente al polo negativo pequeños cristales octaédricos del metal en disolución. Por este método se obtiene también esas bellas cristalizaciones de plomo y de plata conocidas bajo los nombres de *árbol de Saturno* y de *árbol de Diana*.

Isomorfismo, dimorfismo. Alotropía, Isomería

6. *Isomorfismo.*—Se designa con este nombre la propiedad que presentan ciertos cuerpos que tienen una composición química diferente, de tomar la misma forma cristalina, y de poder reemplazarse en un mismo cristal sin modificarle sensiblemente. Los cuerpos que poseen esta propiedad se llaman *cuerpos isomorfos*. Por ejemplo, el alumbre con base de potasa y el alumbre con base de amoniaco con isomorfos, porque pueden cristalizar juntos sin que se altere la forma de sus cristales. Sucede lo mismo con la alúmina y el sesquióxido de hierro, con el ácido arsénico y el ácido fosfórico, con la magnesia y la cal, y en general con todos los cuerpos que tienen una composición análoga.

7. *Dimorfismo, polimorfismo.*—Se llama así la propiedad que poseen algunos cuerpos de afectar, cuando se les coloca en condiciones diferentes de cristalización, dos ó más formas cristalinas incompatibles entre sí, es decir, que no se puede deducir geométricamente la una de la otra. Así el azufre disuelto en el sulfuro de carbono dá, por la evaporación al frío, octaedros rectos de base rectángula, mientras que el mismo cuerpo, fundido en un crisol y sometido á un enfriamiento lento, cristaliza en prismas oblicuos. Citemos también, entre las sustancias susceptibles de dimorfismo, el carbonato de cal, el ácido arsenioso y el óxido de antimonio. Como ejemplos de sustancias polimorfas, bastante raras por otra parte, citarémos el bióxido de estaño y el óxido de titano que pueden uno y otro cristalizar bajo tres formas incompatibles.

8. *Alotropía, isomería.*—Ciertos cuerpos pueden presentarse bajo formas y con propiedades físicas y químicas diferentes: se dice entonces que son *alótropos*. El fósforo por ejemplo está unas veces bajo la forma de un cuerpo traslúcido soluble en el sulfuro de carbono, y otras, al contrario, se presenta bajo la forma de una masa roja y opaca insoluble en ese mismo líquido; el carbono igualmente puede existir en el estado de diamante, de grafita ó de carbón amorfo.

Continuará

HISTORIA NATURAL

POR

J. LANGLEBERT

(Continuación)

sino para distinguir los seres de organización harto elevada; pues si se desciende hasta los confines de los dos reinos, hasta los individuos de organización más sencilla, la mayoría de las distinciones que acabamos de indicar desaparecen, como si la Naturaleza hubiera querido establecer el paso de un reino al otro, sin romper la cadena de los seres creados.

Nota.—Por grandes que sean las diferencias que separan unos de otros los seres de la creación, animales, plantas y minerales, sinembargo, una serie de relaciones en que se manifiesta una armonía sorprendente y providencial, establece entre ellos la solidaridad más estrecha. Las plantas, dijimos, necesitan para vivir sólo un pequeño número de sustancias inorgánicas, como el agua, el ácido carbónico, ciertas sales, etc., que toman del reino mineral en la atmósfera, donde extienden sus hojas, y en el suelo donde fijan sus raíces. En cambio, los animales no pueden desarrollarse y crecer sino alimentándose de materias orgánicas, de que les provee el reino vegetal, laboratorio, en cierto modo, donde se forman las sustancias asimilables, por el animal. Pero éste, después de haber utilizado tales sustancias, las transforma en agua, ácido carbónico y amoniaco, y las expele fuera de sí, restituyendo entonces al reino mineral lo que las plantas habían tomado de él. Forman, pues, los tres reinos de la Naturaleza una cadena continua ó mejor, un vasto círculo en que la materia gira sin cesar y se transforma, pasando del mineral á la planta y de la planta al animal, para volver finalmente á su punto de partida.

La especie en historia natural. Problema de la especie

5. *La especie en Historia natural.—Especie* [de la voz latina *species*] significa en Historia natural una colección de individuos dotados de caracteres comunes que los hacen completamente semejantes entre sí, y los distinguen de todos los demás individuos que pertenecen á otras especies. La reunión de muchas especies análogas constituye un *género*.

En el reino inorgánico la especie está determinada por la identidad de composición. En el orgánico se funda en la identidad de forma y estructura de sus individuos y en la facultad que poseen éstos, sean animales ó plantas, de reproducirse en otros seres semejantes á ellos mismos. Por ejemplo, la reunión de cuantos animales llamamos sin vacilar con un mismo nombre, todos los leones, todos los tigres, todos los caballos, son otras tantas especies. Así el conjunto de los hombres que pueblan la tierra forman la *especie* humana. Lo mismo pasa con las plantas; todos los grupos de vegetales que tienen forma y estructura idénticas, tales comos los pies de trigo, los de cebada, los de avena, los de nogal, etc., constituyen las especies respectivas.

"La especie, dice Cuvier, es la reunión de individuos engendrados unos por otros ó por ascendientes comunes, y de cuantos se les parecen tanto como ellos entre sí." El carácter esencial de la especie es, pues, la semejanza completa de los hijos y sus padres, salvo, con todo, ciertas modificaciones accidentales de forma, coloración, dimensiones, etc,, que pueden dar lugar á que se constituyan dentro de la especie las que se llaman *variedades*, que á su vez ó son pasajeras, y por decirlo así individuales, ó bien, al contrario, se trasmiten por herencia, y dan entonces origen á los grupos llamados *razas*. Estas, aunque en muchas ocasiones no es fácil distinguirlas de la especie de que proceden, se caracterizan generalmente por una tendencia marcada á volver poco á poco hacia su tipo primitivo, desde que cesan las condiciones naturales ó artificiales á que debieron su origen. La mayoría de nuestros animales domésticos pertenecen á razas formadas por el hombre sobre especies salvajes que podían serle útiles, ya para su alimento, ya como auxiliares para el trabajo. Lo propio ocurre con casi todas las plantas de hortaliza y adorno cultivadas en nuestras huertas y jardines.

6. *Problema de la especie. Teoría de Darwin.*—El origen de las especies animales y vegetales ha sido y es aún en nuestros días objeto de vivas discusiones entre los naturalistas. Unos, como Linneo, Jussieu y Cuvier, consideran la especie como un tipo fijo, invariable, que ha conservado á través de las generaciones desde su origen hasta nosotros su forma primitiva y esencial. Otros, como Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire y el naturalista inglés Carlos Darwin, pretenden, al contrario, que las especies, lejos de ser fijas é inmutables, pueden con el tiempo y bajo el influjo de causas diversas modificarse poco á poco y transformarse en nuevos tipos específicos de un orden superior. Estos, así creados, podrían á su vez en el curso de las edades y por obra de las mismas causas activas siempre, producir otros, y así sucesivamente.

Por manera que, según la concepción de Darwin, las innumerables especies de animales y plantas que pueblan la superficie del globo, procederían todas ellas de algunos tipos orgánicos ó aun de un solo tipo primordial, creado en un principio para llegar á ser la estirpe común de todos los seres vivos. "Hay cierta grandeza, dice Darwin, en considerar la vida con todas sus propiedades como dada primitivamente por el

Continuará

La bíblica epopeya en su armonía
Trazó el horror del misterioso drama;
Espíritu de Dios, verdad sombría
De inmensa luz sus páginas inflama;
La musa de la Tierra no podría
Docta pintar sin su celeste llama
Ni la impiedad de la nación deicida,
Ni al inmortal sobre la Cruz sin vida.

Proscritos del Edén! caed de hinojos
Ante el leño del Gólgota sangriento!
Hacia el Inri fatal tornad los ojos,
Va á consumarse el sacrificio cruento;
Depón, Salem nefanda, tus enojos;
Dios va á exhalar su postrimer aliento,
Respondiendo á tu encono furibundo
Con el perdón del redimido mundo.

Vírgenes de Sión! casta María!
Del célico pensil nívea azucena!
Contempla allí la trémula agonía
Del que los mundos en su curso enfrena;
Ora al pie de la Cruz, derrama pía
Tu llanto y tus suspiros, Magdalena!
Tú, Apóstol del dolor, con voz que asombre
Pinta á los siglos la maldad del hombre!

Dios espiró! Sus inmortales brazos
Para estrechar la humanidad extiende;
El velo del altar hecho pedazos
De las judáicas aras se desprende,
Y el rayo vibra en deslumbrantes trazos,
Y voz de trueno los espacios hiende,
Y el sol vela su lumbre gigantea,
Y el Universo entero bambolea.

Muge el mar, brama el viento, abate el ala
De oro y azul el serafín del cielo,
El huerto pierde su aromosa gala,
Suspende el ave entorpecida el vuelo,
Voz de dolor naturaleza exhala,
Toda la creación gime de duelo,
Y en inmortal prodigio nunca visto
Salva la humanidad muriendo el Cristo.

FRANCISCO G. PARDO.

BENEFICIO DEL CAFE

Aunque el cultivo y beneficio del café es la industria predominante de Venezuela, la generalidad ignora las manipulaciones á que está sometido el precioso grano, desde que sazona en el árbol hasta que listo para el consumo, se entrega al comercio por mayor que lo envía á los países de Europa y Norte América, en cambio de artefactos y otros artículos que desgraciadamente no produce Venezuela para su consumo interior.

Desde luego estamos seguros de que una pequeña excursión por el campo de esta importante industria, será del agrado de nuestros lectores, quienes, á no dudarlo, pensarán como nosotros que un conocimiento más es útil y aceptable, sobre todo cuando se relaciona con un asunto que como el presente interesa á la prosperidad de la querida patria.

No nos ocuparémos en este artículo del cultivo del café, sino de su beneficio, comenzando por la recolección del grano, que á la verdad no presenta inconveniente digno de citarse, salvo el de que cuando la estación es lluviosa y las bayas están demasiado maduras, se determina en ellas una suerte de fermentación que desintegra los tejidos que las ligan con el pedículo, produciendo su caída. Si el hacendado no cuenta con un personal numeroso para recoger rápidamente la cosecha, puede contar con una pérdida segura, pues caído el grano es difícil, si nó imposible, recogerlo del suelo.

En las plantaciones muy desarrolladas y cuando el terreno lo permite, se usan con ventaja escaleras portátiles para recoger el fruto. Este método tiene la ventaja de que el obrero no estropea la planta, como sucede regularmente cuando se atraen desde el suelo por medio de una vara las ramas altas. Sea cual fuere el método de recolección empleado, el café maduro debe trasportarse cuanto antes á las oficinas por temor de que dejándolo aglomerado demasiado tiempo se caliente y por tanto se comprometa la calidad del fruto. La operación inmediata es la del *descerezo*, que tiene por objeto separar las dos semillas contenidas en la baya y que están pegadas en su parte interna llana. Muchos aparatos se han inventado para ejecutar esta operación delicada, pero el que la práctica ha demostrado como mejor, es el compuesto de un cilindro colocado horizontalmente y que se mueve á cierta distancia de una banda de caucho ó *navaja*. Las bayas pasan en virtud del movimiento del cilindro, entre éste y la *navaja* y se *descerezan*. El café descerezado pasa á unos estanques donde se produce cierta fermentación especial que coagula el mucílago que envuelve la semilla y permite su limpieza. Regularmente la *baba* está *cortada* á las 24 horas. Hecho ésto se procede luego al lavado, que se efectúa á brazo, moviendo las semillas suspendidas en agua por medio de palas y rastrillos ó mejor todavía por medios mecánicos. En seguida viene la *seca*, cuyo objeto es preservar el grano de descomposiciones ulteriores y prepararlo para las demás manipulaciones. Esta es la operación más importante del beneficio, pues si es lenta ó defectuosa se producen fermentaciones, de todo género, hasta la pútrida, que es la pérdida completa del grano. Nuestras industrias están tan incipientes que empleamos todavía para cumplir este importantísimo trabajo el mismo método primitivo usado hace más de un siglo por el venerable padre Mocdano, que consiste en estender el fruto húmedo en *patios*, como el que representa nuestro grabado de la hacienda "La Floresta", para que en ellos reciba la acción de los rayos solares. El café se distribuye uniformemente en el *patio* y se deja expuesto á la intemperie, teniendo cuidado de removerlo á menudo con rastrillos especiales. Si el tiempo es favorable, al cabo de dos ó tres días ha adquirido cierto color especial que los del ramo llaman de *cacho*.

Los buenos cultivadores conducen el café en este estado á corredores ó almacenes donde permanece todo el tiempo que dura la recolección de la cosecha. Solamente tienen el cuidado de *aerear* las *pilas* por medio de paleos repetidos para impedir que se calienten. Por poco experto que en esta materia sea el lector, comprenderá cuán deficiente es el método de la seca en patios y á cuantas vicisitudes está expuesto el fruto tendido en ellos, por causa de las variaciones meteorológicas.

Con efecto, en un año lluvioso en el que con especialidad en nuestras cerranías, donde están situados los principales fundos, permanece entoldado el tiempo ó lloviendo durante semanas consecutivas, el café puesto en los patios se altera y hasta se pudre. En Centro-América, Brasil y Java, que son países de más iniciativa industrial que Venezuela, se ha encontrado remedio á tamaño mal empleando en lugar de patios las secadoras mecánicas. De esta suerte el agricultor de aquellos países es dueño absoluto de su industria. La secadora más en boga es la de Guardiola. Hay otras más ó menos acreditadas, pero todas ellas aunque dan excelentes resultados bajo el punto de vista de fortalecer un punto más que débil de la industria, adolecen del gran defecto para nuestros productores de que son bastante complicadas y requieren máquinas accesorias para accionarlas y obreros expertos para su manejo.

Podría, sin embargo, ensayarse un método de seca artificial semejante al que con tan buen éxito se emplea para el malto de cereales en los establecimientos de «Malteria.« La materia es de tanta importancia que para dar una idea al lector de los resultados que obtendría la industria cafetera con la seca en buenas condiciones de la cosecha de un año, baste que sepa que le entrarían más de *tres* millones de bolívares, por mejora de la calidad de gran parte de los cafés exportados.

Ya sea que el café se guarde color de *cacho* ó se seque en seguida de lavado, es necesario *requintarlo*, es decir, someterlo á una seca extrema para que sufra la siguiente operación: *la trilla*, que consiste en separar la semilla del *pergamino* que la envuelve. El ingenio de los inventores ha sido fecundo en idear aparatos para este trabajo. Las máquinas Smout, Synier, Gordon y otras gozan de fama merecida, pero el *rollo* de prosapia antigua es el que emplean nuestros pequeños y muchos grandes hacendados. A la *trilla* sigue comunmente la *retrilla*, operación que más bien tiene por objeto lustrar el grano.

Sigue en orden la separación de las semillas del salvado ó *cipo*, trabajo que se cumple en el *venteador*. Una corriente de aire más ó menos fuerte se proyecta sobre una capa de café que se hace caer de lo alto de una tolva; el aire arrastra el *cipo* y el café cae á un departamento especial por razón de su pesantez.

Cierra esta serie de operaciones la *escogida*, ó la *toilette* del grano, trabajo tan delicado que hasta el presente no ha podido sustituirse por otros medios más prácticos y menos peligrosos para el cosechero que el de la *escogedora*. Es la máquina humana la que lo ejecuta y con esto está dicho todo.

Al borde de mesas especiales se sientan las operarias colocando en frente cierta porción de café, que hacen pasar lentamente bajo su vista, separando con ambas manos los granos negros, rotos ó contrahechos.

Esta es una especie de prestidigitación llevada á cabo con tanta habilidad por algunas de las escogedoras, que no solamente separan las calidades con suma rapidez, sino que también, á vista del propietario y sin que éste se dé cuenta del sortilegio, trasportan por obra de magia desde las oficinas hasta sus hogares muchos bellos ejemplares del aromático grano, para regalarse ellas que han contribuido á arrancarlo de los verdes plantíos y que ahora lo aderezan coquetamente para que mejor halague la vista del refinado europeo.

Ya quedan, pues, en cuenta nuestros benévolos lectores de la suma de trabajos que se necesitan para poder disfrutar de la deliciosa infusión de los granos de café.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

Dispénseme usted, señorita Goddard, pero me parece que hace más de dos meses que conozco á usted.

Entonces fué Margarita la que dió muestras de sorpresa.

—Es cierto, Margarita, dijo Motley riéndose cordialmente: este caballero es mi socio, el señor Harlowe, que se enamoró del retrato de usted el mismo día que se abrió la Exposición en la Academia.

Entonces me acordé que la señora Borrodale era la misma dama que había criticado tan absurdamente el cuadro *El Alegro*, y que había tomado un refresco en compañía de Motley, de quien creí que fuera la esposa; y en el mismo instante recordé el caballero alto que entró en el salón de refrescos en compañía de una joven dama, y á quien, mientras hablaba con Motley, éste mantenía de modo que nos volviese las espaldas cuando salíamos del salón.

CAPITULO VI

Las muchachas y Potter regresaron á su morada el martes ó miércoles de la semana siguiente. Yo, que me había visto obligado á partir el sábado anterior, me enteré de muchas cosas cuando les hice una visita el jueves.

Juana había recobrado completamente la salud, y todos tenían mejor aspecto, gracias á los días pasados en el campo, excepto Margarita. Parecía llena de ansiedad como si algo la atormentase, y permaneció silenciosa mientras las otras se interrumpían á cada instante en su afán de referirme todo lo que habían hecho y visto y gozado. Las diversiones habían sido continuas. Regatas en el río, paseos en botes, en carruaje y á caballo, romerías al bosque, y que sé yo cuántas cosas más.

—¿Y el señor Harlowe? pregunté cuando me dieron oportunidad de hablar.

—¡Ah! nos ha acompañado á todas partes ¿no es verdad, Margarita?

Margarita inclinó la cabeza, y se puso á arreglar los papeles de música que yacían sobre el piano.

—Vive muy cerca de Motley, en una antigua y preciosa casa; esto es, va allí de cuando en cuando, es un lugar delicioso—continuó Juana.

—Me sorprende que Motley no hubiera dicho nada sobre este particular, dije yo por vía de observación.

—Sí; él nos dijo que el señor Harlowe había comprado ó alquilado una casa de campo, y que no sabía si estaba ó no en ella, contestó Potter.

—Por casualidad estaba allí, agregó Cecilia. Había hecho arreglos y preparativos para pasar á Francia con un amigo suyo, pero el proyecto no se realizó, no sé por que causa, y entonces la señora Borrodale y su hija—qué odiosa criatura! ¿no es verdad, Juana?—que habían tomado una casita de campo por un mes, invitaron al señor Harlowe que fuera á visitarlas y las presentara á algunas de las personas de su amistad en aquellos contornos, y así es como ha pasado todo.

—¿Es la señorita Borrodale la prometida esposa del señor Harlowe? pregunté.

—Nada de eso.

—Entonces ¿esa no es la señorita á que aludía Motley?

—Sí; ella misma es. Bien quisiera casarse con el señor Harlowe.

—Ya lo creo.

—Pero no es probable que él se case con esa muchachuela amarillenta, afectada, taimada y falsa. Ella se alegraría en extremo de atrapar al señor Motley; y tengo la seguridad de que se imagina que puede hacerlo, porque tiene horribles celos de Margarita. ¿No es verdad, Margarita?

—No me he ocupado un instante de eso, dijo Margarita con reposado acento.

—Creo que se morirá de envidia y mortificación al ver que ha estado inútilmente jugando al tira y afloja con Motley para atrapar al señor Harlowe, perdiendo al fin y al cabo á los dos.

—¿Cómo á los dos? pregunté. ¿No tiene ahora las mismas probabilidades de casarse con Harlowe que antes de que Motley hubiera pedido la mano de Margarita?

Después de esta pregunta hubo una pausa. Ninguno parecía hallarse en estado de responder. Se me figuró que ninguno quería tampoco decir lo que en realidad pensaba. Aquel silencio fué para mí en extremo significativo.

—¿No se sorprendió usted cuando el señor Harlowe nos fué presentado? me preguntó Cecilia con cierta viveza y expresivo acento.

—Sí, indudablemente: creo que todos nos quedamos sorprendidos. Motley nos había hecho pensar que su socio era exactamente como él.

—Eso es la verdad, dijo Margarita con cierto aire de resentimiento.

—Creemos que todos nos engañamos de medio á medio, dijo Juana con su tono prudente; porque Motley es un cervecero, creímos también que su socio debía de parecérsele, aunque él nos dijo que el señor Harlowe era un socio comanditario.

—Yo siempre había creído que un socio comanditario ó capitalista, ó como quiera que se llame, era uno que por su avanzada edad no podía hacer otra cosa que suministrar los fondos,—dijo Cecilia.

—Juana tiene razón, dije yo. Motley nunca nos manifestó que su socio fuése un hombre de edad media ó semejante á él.

—Excepto que ambos eran solterones viejos, y estaban animados del mismo espíritu de rivalidad, lo que también es falso—dijo Margarita con decisión.

—Esa palabra es muy dura, Margarita, dijo Juana: el señor Harlowe puede comprar caballos y casas sin idea alguna de sobrepujar á su socio; sin embargo, Motley podría realmente sospechar que ese era el motivo, sin que por lo demás viese nada de malo en ese espíritu de rivalidad ó competencia, ni descase empequeñecer los méritos del señor Harlowe. En cuanto á lo de que ambos eran viejos solterones, eso es una chanza en que nosotras mismas incurrimos cuando hablamos de que somos viejas solteronas, sin que en realidad creamos una palabra de ello.

—Pero ¿no es singular que jamás le dijera al señor Harlowe que Margarita era el original del retrato de que se había enamorado? preguntó Cecilia.

—¿Y por qué había de decírselo? replicó Juana.

—¿Y por qué nó? preguntó Margarita.

—En cuanto á mí, dijo Potter, en manera alguna censuro á Motley. No veo la razón por que un hombre ha de ir proclamando de voz en cuello, á todos los rivales posibles, que va á casarse con una muchacha bonita que se llama así ó asado y vive en tal ó cual parte. Estoy por decir que previó las consecuencias de presentar á un joven hermoso y ligero, como Harlowe, consecuencias no muy agradables para Motley; y lo único que me sorprende es que haya tenido tanta tolerancia y se muestre de tan buen talante con Harlowe, á pesar de sus constantes atenciones á Margarita, como si aquel no existiera. ¡Bonita cosa, continuó dirigiéndose á mí—bonita cosa que Motley se siente en un rincón y deje que su socio monopolice la atención de Margarita la mayor parte de la noche!

—Tampoco él puede monopolizarla para sí solo, dijo Cecilia, pensando arreglar de este modo el asunto.

Yo deseaba darle otro giro á la conversación; pero era demasiado tarde. Yo había provocado aquella tempestad y no podía calmarla. Margarita se levantó del taburete donde estaba sentada, puso la música sobre el piano y salió de la habitación precipitadamente.

Hubo un largo silencio: Juana y Cecilia cambiaron una mirada; Potter estaba visiblemente de mal humor, y dirigiéndose á mí, dijo:

—Oiga usted, Holderness; Margarita tiene de usted una opinión elevadísima, y seguirá su consejo con preferencia al de ninguna otra persona del mundo. ¿No podría usted persuadirla que destierre á este Harlowe de su imaginación, haciéndola comprender la locura de ofender á Motley, gracias á una tonta coquetería que nada bueno ha de traer?

—No; dije, yo no puedo hacer eso, ni es necesario que trate de persuadirla en uno ú otro sentido. Margarita es una muchacha excelente, y aunque parezca irreflexiva y ligera en muchas cosas, en circunstancias como la actual no procederá á tontas y á locas. Si no profesa amor alguno á Harlowe, no le verá más, y se casará con Motley; pero si su corazón experimenta por aquel un verdadero amor, no se casará con Motley—y Dios me libre de que ninguna palabra mía le aconseje que haga lo contrario.

—Bien; dijo Potter algo contrariado—en ese caso yo mismo hablaré á Margarita.

—¡Bueno! pensé; si tú le hablas en ese sentido, no harás más que confirmarla en su resolución de proceder honradamente.

Ví que le esperaban á Margarita momentos terribles. Tenía que decidir si amaba ó nó, y escoger entre sacrificarse ella, ó sacrificar los intereses de su familia; pero yo confiaba en que sus principios la harían salir triunfante de la dificultad, desentendiéndose de falsos sentimientos de mal entendida delicadeza.

La mañana siguiente el señor Harlowe se presentó en casa de Potter y preguntó por Margarita. Ella no se sentía bien, y esta fué la excusa que dió para no concederle la entrevista que deseaba. Al medio día llegó Motley, y Margarita le envió á decir que estaba indispuesta, suplicándole la dispensara, y agregando al mismo tiempo que esperaba podría verle el día siguiente. Por la tarde vió á su padre, oyó pacientemente todo cuanto quiso decirle, y le prometió no hacer sino lo que ella considerase justo.

—Ese es el verdadero camino, replicó Potter; y no creo que vayas á quebrantar la palabra dada á Motley por complacer á otra persona que, después de todo, no sabes si abriga alguna intención seria respecto á tí.

—Si no me caso con el señor Motley, no me casaré con nadie; contestó Margarita con una tranquilidad que revelaba decisión.

Eso no era lo que Potter deseaba.

A las dos de la tarde del siguiente día el señor Harlowe se presentó de nuevo, pasó á la sala, y se le dijo que la señorita Goddard vendría al momento. Pocos minutos después bajó Margarita con una sensación tal de dibilidad y de mareo, como me dijo más tarde, que la obligó á detenerse al pie de las escaleras, sosteniéndose contra la baranda durante algún tiempo. Cuando pasó esa especie de vértigo, abrió la puerta de la sala y se halló sola frente á frente con Harlowe. Estaba éste vestido con toda sencillez,

Se continuará

Valencia: Marzo de 1892.

SEÑOR DIRECTOR:

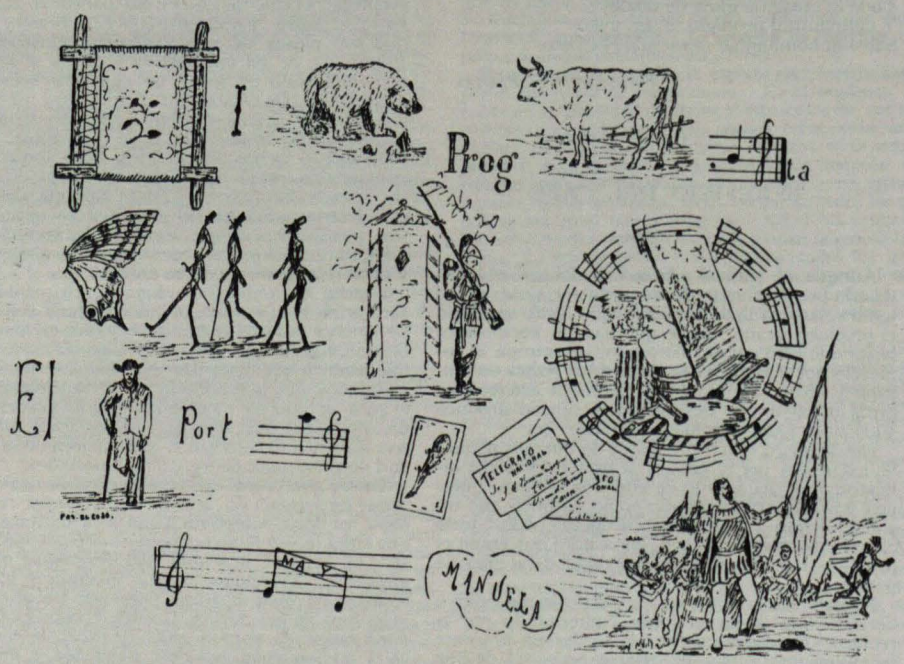
Una constante lectora de EL COJO ILUSTRADO, aficionada á este género de recreaciones se ha permitido componer el geroglífico incluso, por si usted lo encontrase digno de ser publicado en su interesante periódico.

Dispense que vele mi nombre con el anónimo, pero soy una joven y me da pena que vean mi nombre figurando en estas cosas que aquí son extrañas á las señoritas.

La solución es en verso, no se ría de ellos que yo no soy poetisa y sólo hago lo que puedo. Si tiene buena acogida lo que hoy le mando, le enviaré otras cosas de la misma especie, que servirán de entretenimiento á los lectores aficionados á este género de distracciones.

Con toda la estimación de que es usted merecedor, me suscribo su muy atenta servidora,

Una desconocida amiga.



He aquí el geroglífico que hemos acogido con gratitud, aparte su mérito, por la demostración de interés que por nuestra publicación demuestra. Y nos permitimos recomendar á nuestra desconocida amiga, que dé más vigor á las líneas de su dibujo para que la copia fotograbada salga más correcta.

(La solución en el próximo número).

CHARADA

En una hermosa pradera,
á la que *tercia* da vida,
estaba, una primavera,
entre la yerba ligera,
prima y *segunda* escondida.
Mi *todo* la sorprendió,
y, al contemplar su belleza,
lanzó un grito, la cogió,
vino á mí, me la entregó
y se alejó con presteza.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

CHARADAS: *Novela — Espino — Asilo*

FOTOCIENCIA, S.A. - Caracas